

COLECCIÓN ARIEL

Epitomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna.

16.

MANUEL UGARTE

MISCELÁNEAS

CONTENIDO

	<u>PÁGS.</u>
Manuel Ugarte, de <i>Rubén Darío</i>	7
Los caídos	13
Nuestra juventud	20
Un idilio	27
Pro América latina	47
Amazona	96
El taller	97
La Muerte	97
De hierro	99
Claro de luna	99
Los obreros	100
La voz del pueblo	101
Sol de sangre	103
Las campanas de Burgos	105
El curandero	107
La hueste negativa	118
El Palacio de las Flores	121
El Dinero y la Idea	124
Bajo la llovizna	126

MANUEL UGARTE

París ha enseñado á este escritor entusiasta y joven las luchas del trabajo; le ha interesado en los problemas del mejoramiento social; le ha desinteresado del egoísmo; le ha avivado la curiosidad del porvenir, y le ha impregnado de simpatía humana.

Hemos asistido juntos á reuniones socialistas y anarquistas. Al salir, mis ensueños libertarios se han encontrado un tanto aminorados... No he podido resistir la irrupción de la grosería, de la testadura estupidez, de la fealdad, en un recinto de ideas, de tentativas trascendentales... No he podido soportar el aullido de un loco desastrado, al salir á recitar un artista de talento, porque estaba condecorado con la Legión de Honor; ó el grito grotesco de un interruptor incomprensivo, en una peroración grave y noble; ó al furioso cojo Libertad, vociferando contra el poeta Tailhade, y amenazando en plena escena con su muleta, en la fiesta misma en honor de Tailhade..., ó á cuatro «anarcos» rabiosos, gesticulantes al rededor de Sévérine enlutada y pacificadora... No, no he podido resistir... Y, sin embargo, Ugarte, convencido, apostólico, no ha dejado de excusarme esos excesos, y se ha puesto hasta de parte del populacho que no razona, y me ha hablado de próxima regeneración, de universal luz futura, de paz y trabajo para todos, de igualdad absoluta, de tantos sueños... Sueños.

Poeta, ha cantado á los caídos; periodista, ha procurado difundir entre nosotros las ideas que cree justas y verdaderas. Ha juntado á la predicación el ejemplo. Siendo persona de fortuna, hace una vida retirada, modesta; estudia y trabaja. Por qué, sin tener necesidad, ha preferido al laborar repo-

sado del libro, más intelectual, más fundamental, la tarea periodística, el oficio de cronista, duro y dificultoso, sobre todo en este vasto kaleidoscopio de la capital de las capitales? París se llama Legión y Legiones; su multiplicidad no admite cánones; su abarcamiento exigiría vidas y vidas. Hay que ser veloz y vivaz para asir al vuelo tanta variedad. La observación debe ser cinematográfica. Quien pretenda señalar esta cualidad como un defecto en los que escribimos en los diarios no está con la razón. Se puede ser ligero como el aire, y llevar el polen fecundador.

Tarea larga es la de contar á un público, y sobre todo á nuestro público, los hechos y gestos de París. Hay que naturalizarse parisiense, ó serlo de nacimiento. Sabido es que se puede nacer parisiense en cualquier parte del globo. La palabra «parisiense», decía el otro día en la Soborna un conferencista que sabía de lo que trataba, tiene muchos sentidos; pues París es un Proteo que no se deja encerrar en fórmula alguna. Se entiende por espíritu parisiense, la ligereza superficial, la ignorancia escéptica, la ironía impertinente, y, sobre todo, el don de saberlo todo sin haber aprendido nada; pero también una esencia sutil, de razón y de finura; algo de vivo y de picante, un gusto de elegancia sólida y de vigor conciso, que responden muy bien al aticismo de la antigua Grecia. El escritor argentino se ha naturalizado parisiense. Siendo joven, ha podido librarse de varios peligros que entre nosotros, en América, han causado daños, como la exageración y el apego á lo que aquí se llamó «escritura artista». Es loable su tendencia á la literatura de ideas, en oposición al fácil zurcir de la literatura de glosas, de recetas y de palabras. Mas no faltará en España, ó en América, quien al leer tal página suya en que vaya una expresión nueva, un giro osado, una frase sugerente, hable todavía de simbolismo y de decadencia. Aquel-Que-No-Comprende, no desaparecerá jamás de la faz de la tierra.

Proclama el señor Ugarte el amor de la acción, y se preocupa de la inercia moral de la juventud

hispano-americana. La juventud sin ideales, la juventud inútil, se trueca en perjudicial para la obra de progreso y bien sociales; tanto más que la creciente del egoísmo es mucha, y el considerar la vida como un festín en que hay que regalarse á toda costa, por la buena ó por la mala: «hijo mío, haz dinero, si puedes honradamente; y si no lo puedes, haz dinero». Esto dice el Eclesiastes de los Apetitos, en la edad de los trusts.

Ha pasado el tiempo del aislamiento en las torres ebúrneas. De un modo ó de otro, hay que ayudar á la consecución de la felicidad humana, á despecho de las duras filosofías de la crueldad y de la indiferencia. De consuno la voluntad tenaz y la fe luminosa ayudan á la invención de las soñadas Américas. Como en el cuento oriental, no hay que poner oídos á las invectivas que brotan á los lados del camino de la conquista.

No hay que dejarse dominar por las amenazas ó intrigas de los malos demonios, de los bufones siniestros. La tenacidad y la virtud del trabajo bien dirigidas, llevan al logro del generoso deseo, el esfuerzo individual unido á la energía de todos, la unión de los espíritus en el gran objeto común, en el ideal universal. Es consolador, por lo menos, ver que existen almas decididas por la lucha de las nobles ideas, en una de las épocas en que más que nunca se ha manifestado y se manifiesta la innata tendencia á la guerra, la inacabable enemiga entre el eterno Abel y el inmortal Caín. Nuestros países necesitan particularmente de estos abiertos y sanos talentos jóvenes. Nuestras repúblicas de la América del Sur acaban de ser señaladas al mundo desde la tribuna francesa, por el ministro de Instrucción pública, como futuras sostenedoras de la civilización latina. Es la idea que vibra en los versos de Andrade, en las prosas de Alberdi y de Sarmiento.

La República Argentina tiene vasta tarea en el coro continental. Así los hacedores de la patria de mañana no han de ser gárrulos danzarines, ni tocados de superhombria, ni payasos neronistas, ni clubmen pomposos; han de ser obreros unidos y

fraternales, alejados de todos los sectarismos y de todas las imposiciones, llenos de la ardiente ilusión de realizar el soñado propósito, en una inmensa concepción de la vida y de la humanidad.

La buena juventud francesa encuentra un estimador entusiasta en el señor Ugarte. Él ha observado, ha visto de cerca los nuevos movimientos, las enérgicas tentativas intelectuales y sociológicas. «Las generaciones recientes van á corregir el error de las anteriores, aplicándose á operar sobre los acontecimientos. Las indiferencias de antaño han pasado á la historia. Todos tienen interés en reformar ó conservar lo que les rodea. Los jóvenes podrán diferir en cuanto á la intensidad de aplicación de ciertas ideas; pero todos están de acuerdo para ocuparse del bien común, es un primer resultado apreciable que debe tener su repercusión en América». Le interesa en gran manera la actitud de la juventud nuestra, de sus compañeros. Desea-riálos á todos resueltos, como él, á la buena campaña, armados de valentía y de optimismo. Sabe los defectos del medio, y los lamenta. «La mayoría de nuestra juventud se ha acantonado hasta ahora en lo existente, negándose á saber si hay algo más allá de la verdad actual. No ha tenido esa voluntad de saber, que empuja á algunos hombres á discutir con su conciencia. Se ha contentado con resbalar sobre la superficie de las cosas, y con sacar el mejor partido de la vida, cediendo á un egoísmo inconciente. De ahí que ciertas ideas, vulgares en otros países, parezcan en el nuestro originalidades extravagantes. La mayoría no está al cabo de las evoluciones del siglo, y persiste en aplicar á los hechos recientes un criterio anticuado. Muy pocos leen. La hoja diaria parece bastar para satisfacer las curiosidades de la mayoría. Y es inútil decir que los diarios, por excelentes que sean, no alcanzan á consolidar una opinión filosófica. Por esa causa, nuestra educación es tan superficial como nuestro carácter. Llegamos hasta mirar con cierto menosprecio al hombre ilustrado. Entre su ciencia y el *facón* de un valiente, nos decidimos por el último». El cuadro es exacto y triste; hay

que bregar por que sea sustituido por el florecimiento y actividad de elementos mejores. Hay que atacar por la fuerza, por el ridículo, por la acción, el superficialismo y el artificialismo. Cuando toda la juventud hispano-americana se haya posesionado de la idea de su misión verdadera, una nueva edad comenzará. No es un porvenir de nubes pesimistas el que hace entrever una generación que cuenta con espíritus escogidos que no nombro, pero que en la conciencia de todos son vistos como los primeros; directores mentales, ó pioneers robustos — fuera de la simple literatura.

El optimismo del autor de este libro nace de su temperamento personal: este buen escritor es un escritor bueno. La sabiduría de las naciones ha dejado en muy cuerdos proloquios establecida la exactitud de que el malo juzga todo según su condición. El bandido os dirá que todo el mundo es bandido. La falta absoluta de sentido moral hace preconcebir las cosas y los seres á través de un particular velo — un velo de nocturna frialdad. Y el alma, abierta y alada, no sabrá mirar sino bajo una luz benéfica. El campo es vasto, y mal haríamos en ir á levantar las piedras que ocultan víboras, cuando los árboles nos ofrecen sus brazos cargados de gloriosas esperanzas, flores puras, el frescor del retoño, el nido de la oropéndola. Esperemos en los bravos trabajadores, en los que piensan y obran, en la virtud de la palabra y en la fecundidad de la acción. Los averiados y los dañinos mueren en su propio daño. El porvenir quiere almas límpidas y matinales.

RUBÉN DARÍO

Los caídos

París, como todos los campos de batalla, tiene sus vencidos. A la caída del invierno, salen de la gran ciudad inmensas caravanas friolentas de cuerpos flacos y caras amarillas, que se alejan en diferentes direcciones y van á encallar á los Pirineos, á Malta, á Córcega y á todas las tierras cálidas, desde Nápoles hasta Alejandría. Los trenes huyen, atestados de hombres, mujeres y niños que ahogan sus toses en abrigos de lana y se calientan los pies en caloríferos portátiles, mirando ávidamente por las ventanillas, como si hicieran provisión de paisajes que no esperan volver á ver.

En la cumbre de las montañas ó al borde del Mediterráneo, abundan los caseríos melancólicos, tajados por avenidas largas y silenciosas, plantadas de árboles muy verdes. Los techos de las casas son rojos, los muros están pintados de colores vivos, el sol cae de lleno sobre las calles y entra por las ventanas como un intruso, pero en la atmósfera hay una tristeza extraña que nadie puede definir.

Todos esos pueblecitos que viven de la muerte, tienen el mismo aspecto de cementerio. Las calles parecen desiertas y abandonadas, como después de un desastre. Las casas se alinean dejando grandes huecos

entre sí, como si temieran el contagio. Y solo de tarde en tarde, se divisa la cara amarilla de un enfermo, que pasa sobre un sillón de ruedas, empujado por un lacayo.

Los días de fiesta, cuando los vecinos bajan á la plaza donde toca una murga y las campanas de la iglesia dan grandes saltos, asomándose por las rendijas de las torres, los tuberculosos llegan unos tras otros, acompañados por madres ó hermanos que les sostienen, trayendo abrigos y almohadas. Se instalan al sol, con la cara vuelta hacia los pinos que aparecen por sobre las últimas casas, en la cumbre de la colina. Tienen los ojos hundidos, la piel amarilla, los pómulos puntiagudos, las manos blancas, las orejas transparentes y los labios teñidos de un rosa muy pálido, como ciertas corolas de rosa thé. Han sido pintores, cortesanas, artistas, enamorados, soñadores y prometidas; han vivido en las grandes ciudades y han luchado; han tenido afectos, ambiciones, ó esperanzas y se encuentran de pronto vencidos, emasculados, desterrados de la vida, en un caserío.

La plaza se llena de gente y se oyen conversaciones vacías entre los grupos. Los unos se informan de la salud de los otros y se mienten impresiones favorables, afirmando mejorías problemáticas que nadie puede comprobar. Las familias intervienen y confirman la inocente mentira, para evitar los desalientos. La música repite sin cesar sus mismas polcas antiguas. Y todos parecen

niños caprichosos que se entretienen con frivolidades bajo la vigilancia de las institutrices.

A veces una enferma y un enfermo jóvenes, vecinos de silla y compañeros de paseo, sienten revivir las quimeras de antaño y esbozan un amorío de adolescentes, con el vago presentimiento de que realizan, ella, su último *flirt* y él, su postrera aventura.

Pero hay una amenaza tan inflexible en la atmósfera, que los padres y los tutores callan, dejándoles correr tras un peligro irrealizable.

Cuando el mar está tranquilo y el sol cae de lleno sobre la ensenada, hay muchos tuberculosos que se hacen llevar hasta el embarcadero y ensayan excursiones tímidas hacia la puerta del Océano. Una involuntaria glotonería de aire les lleva á buscar los sitios más anchos y á respirar á grandes sorbos, como si quisieran hacer el vacío para los demás. Las barcas parten y se alejan con sus velas blancas tendidas y un marinero en la popa. Los enfermos descansan sobre sillas que se alargan como lechos. Visten trajes claros y telas de colores vivos que contrastan con la palidez de los rostros. Algunos hojean un libro ó un periódico de París, y así que el sol declina, las embarcaciones están de regreso y todos vuelven á sus prisiones, unos en carruaje, otros en sillón de ruedas, otros á pie, apoyados sobre un bastón.

La monotonía de la vida en la pequeña ciudad provinciana, es desesperante. De

mañana sólo se ven los carruajes que se detienen ante los chalets. El médico descien-
de, entra á la casa y sale al cabo de un rato
acompañado por un padre ó un hermano
que insiste y le apura, como si quisiera
arrancarle una promesa imposible. Por las
ventanas abiertas se ven á veces caras gra-
ves y pensativas que escudriñan la soledad.
De tiempo en tiempo aparece el dependiente
de una droguería con una bolsa de oxígeno
bajo el brazo. Y por las conversaciones sor-
prendidas al vuelo entre dos proveedores ó
á la puerta de un almacén, se sabe la agonía
de X ó la muerte de Z que ayer eran nues-
tros vecinos en la plaza.

Al caer la tarde, suele pasar un entierro,
rodeado de cierta pompa teatral que con-
trasta con la simplicidad de la naturaleza.
Los caballos cubiertos de paños negros, el
carro con filetes amarillos y los lacayos in-
diferentes, están en oposición con el paisaje.
Los enfermos ven pasar el convoy con cierta
amargura resignada. Un compañero menos
con quien escuchar el domingo las polcas
antiguas de la murga de la ciudad!

En el silencio de la noche, cuando el case-
río dormita bajo la luna y la floresta de pi-
nos levanta su masa negra en la cumbre de
la colina, se oyen á veces las canciones mal-
vadas de los muchachos del país:

Que vengan los moribundos;
aquí los tratan muy bien:
el cementerio es tan grande
que todos caben en él.

Los enfermos son de toda nacionalidad y toda categoría. Hay parisienses, coquetas que parecen escapadas de una novela de Prevost y tosen escondiendo los labios en pañuelos de batista, sin olvidar su elegancia para remangarse el vestido; ingleses correctos y graves que traen los bolsillos llenos de periódicos y se hacen llevar en brazos hasta la iglesia protestante; rusas ensimismadas, de ojos celestes y cejas rubias; y españoles de tez cobriza que se acuestan envueltos en la capa. Ese conjunto heterogéneo se funde en un grupo armónico. Parece que todos olvidaran su origen y se crearan una nueva patria común, en las lejanías de un destino.

La calle principal del pueblo está llena de modistas que trabajan día y noche, haciendo vestidos de seda que las enfermas ensayan una vez y abandonan enseguida en el armario para estrenar otro, como si quisieran agotar en dos meses la provisión de telas que habrían consumido en muchos años. Parece que Mimi Pinson y Marguerite Gautier tuvieran celos de sus rivales y soñaran acaparar, antes de morir, todo el arte y todo el ingenio de las costureras.

Para los enfermos que se dedican á catalogar medallas ó trastos viejos, hay grandes almacenes de anticuarios. Las vidrieras están atestadas de bronces enmohecidos, porcelanas rotas y muebles cubiertos de polvo que aguardan una mano que los descubra. Allí hay sillones Luis XV, grabados metícu-

losos de artistas del siglo XVII, bomboneras de esmalte, encajes raros, manuscritos del Rey, y muebles inexplicables y arcaicos que parecen contruidos con el único fin de mostrar gráficamente la diferencia entre dos épocas. Los tuberculosos aficionados á esas exhumaciones, se hacen conducir hasta el almacén del anticuario y revuelven todas aquellas cosas que han muerto, con un gesto grave de viajeros ante un enigma.

Para los intelectuales, las dos librerías de la ciudad se convierten en santuarios que exigen una peregrinación diaria. Son algo así como un rincón de París al que se puede entrar con corbata *Lavalliére* y pipa entre los dientes. Los parroquianos son pocos y, —aparte de dos ó tres profanos, prisioneros de la moda, que quieren poseer un *Quo Vadis*, para dejarlo sobre la mesa del salón— todos son directa ó indirectamente del oficio. Su destreza para orientarse en las estanterías y su laconismo para informarse de las últimas publicaciones de Stock ó de Fasquelle, establecen entre ellos una especie de franc-masonería. Es fácil conocerlos en un detalle: demuestran una predilección rara por autores que, como Rodenbach, Jean de Tinán ó Emmanuel Signoret, han dejado obras inacabadas como sus vidas.

Á veces hay *matinée* en el teatro de la ciudad. Y es de ver como los asiduos de los grandes coliseos de Europa, aplauden á los cómicos famélicos que estropean los versos de *Ruy Blas*.

Los que todavía pueden salir, van en carruaje hasta la puerta del teatro y asisten á las escenas más inverosímiles con una indulgente credulidad de niños. La sala parece un hospital. Durante los entreactos se oye toda la gama de las toses, desde la muy profunda, que parece resonar en el fondo de una caverna, hasta la apenas perceptible, que acaba en una burbuja de sangre. Y apesar de los roces y el espectáculo de tantos compañeros vencidos, nadie parece tener una visión neta de la muerte.

Cuando salen, los carruajes se dispersan por la ciudad y cada cual vuelve á su sillón de incurable. La resignación parece ser parte de la enfermedad misma. Algunos llegan hasta felicitarse de la calma y el retiro en que viven. El recuerdo de viejas decepciones y antiguas luchas, les hace saborear quizá el placer de hallarse lejos de la batalla humana. Pero como todas las casas miran hacia la estación, ningún enfermo ve salir sin tristeza los trenes rápidos que huyen hacia la gran ciudad—hacia la vida.

(Paisajes parisienses)

Nuestra juventud

La mayoría de nuestra juventud se ha acantonado hasta ahora en lo existente, negándose á saber si hay algo más allá de la verdad actual. No ha tenido esa voluntad de saber, que empuja á algunos hombres á discutir con su conciencia. Se ha contentado con resbalar sobre la superficie de las cosas, y con sacar el mejor partido de la vida, cediendo á un egoísmo inconciente. De ahí que ciertas ideas, vulgares en otros países, parezcan en el nuestro originalidades extravagantes. La mayoría no está á cabo de las evoluciones del siglo, y persiste en aplicar á los hechos recientes un criterio anticuado. Muy pocos leen. La hoja diaria parece bastar para satisfacer las curiosidades de la mayoría. Y es inútil decir que los diarios, por excelentes que sean, no alcanzan á consolidar una opinión filosófica. Por esa causa, nuestra educación es tan superficial como nuestro carácter. Llegamos hasta mirar con cierto menosprecio al hombre ilustrado. Entre su ciencia y el *facón* de un valiente, casi siempre nos decidimos por lo último. Todavía nos seduce y nos domina la fuerza, hasta el punto de constituir el principal resorte de nuestra vida. Los ges-

tos nos entusiasman y las razones nos dejan casi indiferentes. Una heroicidad de melodrama, un caballo con las crines en desorden, ó una sacudida del instinto, nos hacen olvidar el mejor de los axiomas, el más evidente de los derechos ó la más elemental de las justicias. Somos seres de impresión, y no de razón. El oropel nos enloquece todavía.

Estos defectos se reflejan en la política. Nos falta la noción del bien público y nos sobra el orgullo personal. No hay un solo joven que, sabiendo leer y escribir, no ambicione ser diputado, no porque tenga el deseo de favorecer al país influyendo en un sentido ó en otro, sino simplemente «para ser diputado». El desinterés nos parece una cualidad inaccesible, y sólo comprendemos que un hombre se agite y luche por intereses particulares. Por eso es que en la opinión sumaria y tosca que se forma la multitud, todos los dirigentes se dibujan como malversadores de la fortuna pública. La masa no concibe que los hombres, ya encaminen su actividad en un sentido, ya en otro, puedan proceder con la sinceridad de una convicción, quizá errónea, pero siempre respetable. Parece que hubiésemos nacido para la tarea negativa de oposición. Y aun en ese supremo egoísmo encontramos medio de deslizar otros secundarios: consideramos los comités electorales como un medio de improvisarnos una jerarquía; nos agrada figurar en las convocatorias, pero nos repugna la propaganda; y, en re-

sumen no vemos en la política más que una empresa de publicidad.

Estas desviaciones son quizá comunes á todos los países, pero en el nuestro se hacen sentir con mayor brío. La juventud se desinteresa de las ideas, y sólo se aplica á levantar ó derribar hombres. Nuestros programas de oposición se hacen con un manojo de apellidos. Quizá proviene este defecto de que, en cuanto á la doctrina, nos limitamos á proclamar principios vagos y elementales que nadie discute, como la Honradez, la Equidad, el Orden, etc., que son programas comunes á todos los partidos. Sería más eficaz abandonar esas palabras y precisar ideas. Una oposición se vería entonces en la necesidad de decir *por qué* hace oposición. Y la obra de los Gobiernos sería menos difícil, porque se habrían libertado de la hostilidad viciosa y sistemática que ahora los oprime, sea cual sea su actitud, su tendencia ó su fin. Quizá se alcanzaría así una clasificación de los espíritus y se evitaría la efervescencia inútil de los países hispano-americanos, donde se derriba á un gobierno con un puñado de frases. Cada ciudadano se vería obligado á declararse ultramontano ó liberal, conservador ó reformador, protectionista ó librecambista, republicano ó demócrata. De manera que se establecería una lucha de tendencias donde fructificarían fácilmente las ideas de los que han llegado á la plena conciencia de sus deberes y de sus derechos.

Nuestra juventud podría influir en este sentido, si se decidiese á tener opinión sobre todas las cosas. Todos los problemas deben interesarla. La vida tiene fines más altos que la satisfacción de nuestras necesidades corporales. Si aprendemos á ahogar el egoísmo y á ocuparnos de los intereses de los demás, habremos adquirido ese reposo benéfico que es la mejor aproximación á la felicidad. Es necesario tener doctrinas, y, ya sean ellas revolucionarias ó retrógradas, afirmarlas abiertamente, sin perjuicio de seguir estudiando y rectificarlas si cabe. Sólo en la sinceridad puede encontrar la juventud un terreno favorable.

Catulle Mendés decía: «Si fuera posible mostrar la pobreza de alma de los que preparan y dirigen los entusiasmos de la muchedumbre, ningún joven contribuiría con su aclamación y, si todos los jóvenes supieran cómo se elabora un triunfo callejero, ninguno persistiría en alcanzarlo. Las celebridades de asonada se hacen con cuatro agentes electorales y una debilidad del jefe de policía.» Todo lo cual puede condensarse en una línea de prosa: evitemos las ambiciones y, si es posible, los éxitos.

Si existiera dentro de la juventud sudamericana ese imposible hombre ideal que no tiene un solo enemigo y reúne las simpatías de todos, su deber estaba trazado. Como no podría provocar descontentos, puesto que era irrealizable, nada le impediría avanzar hacia la juventud y decirle:

« Todos nosotros somos, en cierto modo, los obreros del porvenir. Sea cual sea el teatro en que se desenvuelve nuestra influencia, cada uno de nosotros contribuye á esculpir la vida de mañana. Hasta parece que nuestra obra fuese anterior á nuestra actividad. Dirigimos el carro de la vida antes de habernos apoderado de las riendas. Gobernamos por medio de la influencia que ejercemos sobre la generación que nos ha precedido. Y se diría que nuestra fuerza es tan grande, que vemos florecer nuestro jardín antes de haberlo cultivado. Pero sólo es posible preparar el porvenir trabajando sobre el presente. Y esa influencia que ejercemos sobre otra generación, puede ser empleada para bien ó para mal de todos. Podemos exaltar el Ideal, ensanchar la Libertad y sostener la Justicia, ó perpetuar la Ignorancia, alentar la Superstición y desencadenar la Tiranía. En el momento actual, especialmente, en este recodo peligroso y terrible de la historia, la juventud puede detener ó precipitar ciertas corrientes, y dirigir hacia un punto ú otro del horizonte la barca abandonada de la sociedad. El mundo ha llegado á un grado tal de madurez, que es posible darle, sin esfuerzo, la forma deseada. Es el momento de determinar un empuje decisivo hacia la emancipación. Sin tomar la etiqueta inmediata de ningún partido y sin comprometer bajo ningún pretexto nuestra libertad de acción, debemos sostener, ayudar y alentar las

ideas liberales, marchar hacia el progreso moral, ensanchar nuestras concepciones de la vida, sacudir los prejuicios, ennoblecer las ideas, y poner todos los días en nuestra acción un poco más de generosidad, de bondad y de justicia. La evolución reciente nos empuja hacia una vida más aligerada de animalidad y más accesible al altruísmo. La fuerza que se desprende de la cultura egoísta del «yo», sólo puede ser un mérito en una sociedad injusta como la actual; dentro de una vida más ancha, sería un crimen. Cada día que pasa, nos acerca á una reconciliación de los hombres en una comunión de justicia. Si hay entre la juventud almas prematuramente envejecidas ó disecadas por el egoísmo, que han olvidado todo empuje generoso y todo noble pensamiento, para gozar en el desorden de la sociedad actual, no nos ocupemos de ellas: son una minoría. Y casi no deben ser consideradas como formando parte de la juventud, porque *juventud* es el empuje ciego hacia el ideal, la rebelión del pensamiento contra lo absurdo y el grito alegre de los que están de acuerdo con su conciencia. Sería necesario apoderarse de la vida, y empujarla hacia el fin verdadero, es decir, hacia el perfeccionamiento del hombre. Para la juventud no deben existir ni la historia, ni la tradición, ni los antepasados. La verdad debe bastarnos. Tenemos que fabricarnos una vida completamente nueva. Y, sobre todo, debemos tener la audacia de

vivirla, de hacerla vivir, de imponerla quizá. Todo el que posee una verdad, debe gritarla en voz muy alta, para que todos le oigan. Reservarla para sí, sería una mala acción. El silencio es el capitalismo de las ideas. Todos tienen el deber de distribuir lo que saben. Callarse, sería avaricia ó cobardía. *Juventud* quiere decir generosidad y entusiasmo. Debemos creer y obrar. No imitemos á los escépticos, que se abandonan á la existencia sin voluntad, como barcas vacías. Somos el pensamiento y la fuerza. Tenemos un pie sobre el pasado y otro sobre el porvenir. Nos sentimos fuertes y bien preparados para la lucha. Todo se reduce á una fórmula neta y decisiva: «Obrar.»

(Crónicas del Bulevar)

Un idilio

Enero 17 de 19**

La vida ha sido siempre para mí como una de esas aldeas edificadas sobre rocas, en cuyas calles mezquinas y casi desiertas solo hay gentes desconfiadas y ásperas que se disputan ó se espulgan. Pero hoy he apercibido un resplandor...

Al entrar á la sala de la Academia, una emoción me oprimió la garganta. En el sitio vecino al que ocupó habitualmente, estaba una mujer desconocida, que me impresionó, no sé por qué. Mis ojos se encontraron con los suyos, cuando ella se volvió para ver al que entraba. Hubo—leve, casi invisible—como una sonrisa de complicidad. Pero cuando me senté á su lado, no contestó á mi saludo y pareció absorberse en su labor. Yo no supe, al principio, qué decir. Mientras disponía mis cartones, la miré de soslayo. Ella debió adivinar la mirada, porque se puso muy roja. Entonces invoqué la costumbre tradicional, y le pregunté su nombre... «Elena Petrowska, polonesa...» Sus labios tuvieron no sé qué mezcla de temor y de audacia al pronunciar el apellido exótico que silbó entre sus dien-

tes como un nombre de mariposa. Sin abandonar el trabajo, iniciamos una conversación entrecortada y superficial que nos llevó de la pintura á Varsovia, y de la vida de París, á la armonización de los colores.

Me sentía emocionado como nunca.

La cara rosada de ojos azules y cabellos rubios que sonreía á mi lado, era como una ráfaga de primavera sobre mi vida. «Elena Petrowska», repetía mi corazón, como si quisiera apropiarse el nombre y fundirlo en sí. Una ternura inmensa subía de mi alma y me traía á la boca mil frases que no era posible pronunciar todavía...

La conversación se hizo penosa... Quizá se sentía ella turbada como yo... Lo cierto es que abrevió sus respuestas y acabamos por trabajar en silencio.

Mi labio calló, pero mis ojos no la abandonaron. Aquel cuerpo robusto, de formas llenas que se hinchaban bajo el vestido color de rosa, tenía un perfume agreste que atraía. Su fisonomía matinal de mujer eslava irradiaba tranquilidad y frescura. Elena Petrowska no se parecía á ninguna de las estudiantas de Bellas Artes que frecuentaban la Academia. Era alta, grande, sana y alegre. No parecía llevar luto ni en el alma, ni en el vestido. Era un manojo de sinceridad, de fuerza, de vida que contrastaba con el estiramiento y el cansancio que la rodeaba. Su carácter se destacaba sobre los demás, como su traje rosado sobre la uniformidad sombría del conjunto. Y sus labios vivos

que serpenteaban sobre los dientes, sus ojos azules que le iluminaban la cara, el rubor que la envolvía, le daban cierto poder de atracción que hacía volver los ojos á todos los estudiantes. No es que sus rasgos fueran perfectos. No hubiera sido modelo en Grecia. Su nariz era un tanto escasa, la cara era demasiado redonda... pero el tinte rosado de la piel y el resplandor de los cabellos, la bañaban en una especie de nimbo de juventud y de frescura, prestándole no sé qué fragancia de flor de durazno, de día de primavera, de escaramuza de amor...

Yo la miraba fijamente, tratando de adivinar sus pensamientos. Me parecía difícil reanudar la conversación interrumpida. Y además, no tenía nada que decir... Era tan agradable el silencio junto á aquella ilusión que dormía!

Cuando terminó el curso y salimos de la Academia, Elena Petrowska me permitió acompañarla hasta su casa. Vive en una callejuela pobre, en los alrededores de la estación Montparnasse. Durante el trayecto conversamos de muchas cosas. Me dijo que tenía veintidós años, que había venido de su país con su tía, que sólo contaba permanecer en Francia el tiempo indispensable para terminar sus estudios, que había dejado un novio en Varsovia... Yo le conté mi vida retirada y oscura, mis sueños de porvenir, mi sorpresa al encontrarla... Quedó resuelto que seríamos amigos.

—...A condición—dijo Elena, amenazán-

dome con un dedo—de que será Ud. juicio y no dirá una sola palabra que pueda contrariarme.

Demás está decir que prometí todo lo que me exigió. Y seguimos andando por la calle del Bac que estaba á aquellas horas completamente desierta. Elena me contó sus impresiones de primer día de Academia, su cordedad al entrar, su confianza después ante la despreocupación de todos, y su deseo de terminar sus dos años de estudio y volver á Polonia para casarse.

La insistencia con que me hablaba de su próximo matrimonio me llenaba de amargura. Mientras dibujaba á su lado me había hecho tantas ilusiones, que me dolía verlas morir. Pero á pesar de todo, logré mostrarme impasible y conversé de cosas indiferentes y triviales con una verbosidad que me sorprendió. La arquitectura especial de las viviendas históricas que se alzan en aquel antiguo arrabal elegante, me sirvió de tema para una disertación que Elena pareció escuchar con interés. Para borrar toda sospecha de contrariedad, pregunté el nombre del prometido y hablé con indiferencia de su porvenir. Creo que llegué hasta regocijarme de la felicidad que les aguardaba.

Cuando nos encontramos en la calle D**, Elena se detuvo á la puerta de su casa y se excusó. No podía invitarme á subir con ella, porque su tía debía haberse acostado ya. Pero me invitó á venir al día siguiente, añadiendo que tendría el mayor gusto en

presentarme. Convinimos la hora. Nos estrechamos las manos. Ella desapareció detrás de la puerta que se cerró en seguida. Y yo me quedé inmóvil, en mitad de la acera, sin saber qué hacer, ni qué pensar... Levanté maquinalmente los ojos hacia la luna que huía, y me pareció que el mundo giraba con más rapidez que de costumbre. Después me alejé lentamente, pensando en mil cosas á la vez, sin atinar á elegir una.

Enero 18 de 19**

La tía de Elena Petrowska me ha recibido con esa amabilidad fraternal de los pueblos eslavos, donde se conservan aún ciertas costumbres patriarcales, olvidadas en el resto de Europa. Es una señora joven todavía, que ha leído mucho y tiene una fisonomía simpática que se acuerda con mi carácter. Me ha referido detalles curiosos sobre la vida rusa. Me ha contado algunos rasgos de su hermano, el padre de Elena, que fué general, tomó parte activa en algunas agitaciones y está hoy clavado en su sillón de paralítico, asistiendo á la agonía de su nacionalidad que coincide con la suya. Después hemos conversado de la educación moderna, de los derechos de la mujer, de la necesidad de evolucionar hacia el progreso... Es un espíritu ágil y comprensivo que sabe bordar una conversación sin enredarse en las ideas, y un carácter de avan-

zada que acepta mucho de lo que discutimos todavía.

Mientras conversábamos, su sobrina nos miraba con cierta sonrisa irónica y pasaba de una silla á un sillón, se levantaba, volvía, con esa alegre inquietud juvenil de la mujer que se conoce hermosa. A veces nos cortaba la palabra atropelladamente para hacer una pregunta, mostrarme un retrato ó dar opiniones sobre las cosas de su país. Todo esto sin ilación, sin orden, cediendo á su estival cosquilleo de vida. Se hubiera dicho que un fauno brincaba dentro de ella. Pero había no sé qué infantil castidad dentro de sus peores atrevimientos de niña caprichosa.

Después del té, á las cuatro, cuando se habló del bosque de Boulogne, Elena manifestó un vivo deseo de conocerlo. Su tía me autorizó á acompañarla en la primera ocasión. Es una confianza que me obligó á mostrar cierta reserva. Pero Elena, en una de esas decisiones bruscas que saltan de su carácter audaz, resolvió aprovechar el momento y realizar la excursión en seguida. Un sombrero lleno de rosas, colocado rápidamente y asegurado con un alfiler, fué toda su compostura. Se alistó en un salto, abrazó á la tía que nos miraba con interés desde su sillón, y bajamos las escaleras como dos camaradas, disfrutando de esa buena fraternidad de los sexos que fortifica la dignidad de la mujer y hace al hombre más respetuoso.

Desde ayer estoy viviendo una vida tan nueva, tan inesperada, que ya no me que-

dan asombros. Me dejo llevar por las cosas, cedo á la casualidad y acepto las doradas sorpresas del destino casi con temor, porque me parece que si me acaricia ahora es para hacerme sentir más hondamente después sus bofetadas de invierno. Pero cuando me encontré en mitad de la acera con la amiga gentil que se apoyaba en mi brazo, me sentí alegre y locuaz, como si una gran transformación hubiera cambiado la forma y la esencia del universo. Me parecía que la ciudad me abría sus calles y plazas, como una selva de ilusión cuyos caminos todos conducían á la felicidad. El frío de Enero, que es el más fuerte del año, nos enrojecía el rostro, pero llevábamos primavera en el alma y el último resplandor de un sol triste que moría bastó para hacernos declarar que la tarde era más hermosa que nunca. Saltamos sobre la imperial de un ómnibus que bajaba por Vaugirard, y desde el asiento elevado, como desde el techo de una casa, vimos el entrevero de carruajes y peatones que se entrelazaban y corrían á nuestros pies, en la efervescencia de la ciudad por cuyas venas circula la vida. Las paredes grises de los edificios cuyas ventanas se abren rara vez en invierno, daban á la población cierta actitud misteriosa de meditación y de tristeza; pero los almacenes con sus vidrieras atestadas que se alineaban hasta el límite, ponían una extraña nota de animación en el paisaje. Los grupos oleosos que cubrían las veredas, eran cada vez más

compactos... A medida que avanzábamos y atravesábamos el centro de la ciudad nos parecía que una gran conmoción sacudía á las gentes y las arrancaba á sus hogares para hacerlas acudir á una fiesta ó una revolución en la que todos debían tomar parte. Pero ese aspecto formidable y majestuoso de la Babel que nos asombra siempre, á pesar de la costumbre, no me infundía hoy la temerosa inquietud de otras veces. En ciertos días de soledad y de sombra, me ha causado pavor ese monstruo de tres millones de caras con el que parece que tenemos que librar un combate todos los días. Hoy he atravesado sonriente, como si la amenaza no pudiera alcanzarme...

Elena hablaba de los vestidos, de los tranvías, de las costumbres, de todo, deshojando frases de seda sobre la ciudad que hervía á sus pies. La inmensa y poderosa máquina de hierro que muele y aplasta las vidas en su actividad acompasada y monstruosa, sólo nos arrancaba observaciones de detalle. Tan cierto es que, ser feliz, es como ser ciego!

Cuando llegamos al bosque, la tarde comenzaba á declinar. Sobre el césped, al pie de los árboles, quedaban todavía algunos rastros de la nieve que había caído el día anterior. Y en la claridad borrosa del atardecer, que daba á las calles plantadas de árboles sin hojas un aspecto doloroso de jardín de hospital, apenas pasaban los últimos carruajes que volvían á la ciudad, y los

escasos transeuntes que se arrebujaaban en sus pieles: Pero la naturaleza no pierde, ni aun en invierno, su amable solemnidad. Las perspectivas lánguidas de los árboles amontonados al borde de los lagos en actitudes misteriosas, la imprevista curva de los caminos estrechos, los alegres chorros de las fuentes, el claro que se abre como una sonrisa en una existencia de dolor, todo lo que duerme y lo que sueña en esa vida estancada de los bosques petrificados en su congoja y ensimismados en su angustia, nos asaltaba, nos rodeaba y se nos subía á la garganta en frases otoñales que torbellineaban bajo el pensamiento.

No sé si Elena comprendía el lenguaje áspero y fuerte de esos rincones de naturaleza, pero sus palabras hallaban eco en mi espíritu.

—Todos los bosques—declaró al cruzar una avenida—tienen una cara y un corazón. Este es una mujer de mundo. Los de mi país son *moujiks* amenazantes y bárbaros. Pero á la sonrisa cortesana de esta amable naturaleza, prefiero la ruda sinceridad de la mía. Hay en aquellas selvas enormes una solemnidad y un *terror* que nos aplastan y nos vuelven á la realidad de lo que somos.

La conversación siguió al azar de las generalizaciones. Hubo un momento en que creí que no podría fingir más. Me ahogaba un secreto... El paseo amistoso, durante el cual todo había sido hasta entonces indife-

rente, me sometía á la tortura de callar lo que me saltaba en el alma. Las palabras de ternura me subían á borbotones, pero cada vez que me disponía á dejarlas salir, me retenía un escrúpulo. Cómo faltar á mi promesa, hecha lealmente la noche anterior? Cómo permitirme dentro de nuestra tranquilidad de amigos, una emboscada de amante? En aquella soledad, una palabra dulce podía resonar como un insulto. Me habían confiado á Elena como á un amigo. No quería pronunciar una sílaba que pudiera ofenderla. Mis escrúpulos hubieran podido ser tachados de ridículos por los saltadores de almas que aprovechan la sombra para surgir de pronto y robar amor, pero á mí me parecieron de una honradez elemental. Ahogué en mí el inmenso deseo de hablar que me atormentaba. Y aguardé á entrar de nuevo á la población para desenmascaramme á la luz. Quería que Elena me escuchase en plena libertad. En los bosques hay siempre un fauno que gesticula. Por qué exponerla á confundir una impresión del momento con una sensación durable? La noche y la soledad me daban demasiadas ventajas sobre ella.

El escrúpulo es el terreno que va ganando el hombre sobre sí mismo.

Cuando estuvimos en la avenida donde comenzaban á brotar las luces de gas y donde se apiñaba una multitud atareada y rumoreante que salía de los almacenes y se amontonaba á las puertas del ferrocarril

metropolitano, la miré en los ojos y hablé.

—Desde que nos hemos encontrado se ha abierto un mundo para mí. Sus ojos glaucos de polonesa se han incrustrado en mi alma de estudiante. No soy el amigo imprudente que habla de amor faltando á la palabra empeñada, sino el prisionero que se despereza y rompe las convenciones para vivir. Sé que hay un compromiso, una frontera, una familia que la retienen á Ud., pero mi esperanza salta por encima de todo eso. Si usted es como yo me la imagino, las preocupaciones que nos impone la costumbre son biombos de papel que desgarraremos con el codo. Me acepta Ud? Sólo soy un pintor desconocido, con casa y nombre en el porvenir, pero sin nada en el presente. Mi alma es la antítesis de la vida actual. Aborrezco todo lo que hoy triunfa. Para respirar, tengo que refugiarme en mis sueños. Vivo lejos de todo lo que bulle, como un animal hueraño. Quiere Ud. que seamos dos torres de meditación unidas por un puente de cariño? Tiene Ud. en los ojos algo de mar y de cielo... El alma se parece siempre á los ojos. No he podido equivocarme: pensamos juntos. Quiere Ud. unirse conmigo?

Elena me escuchó sin sorprenderse, pero se puso muy roja. Sus ojos parpadearon un instante, como cuando nos hiere una luz muy viva.

—Si yo tuviera el derecho de soñar—me dijo, abandonándome su mano pequeña—seguiríamos andando por las calles y las

plazas en este singular mareo del crepúsculo y no nos separaríamos más. También desprecio yo las fórmulas que nos maniatan en la oscura prisión que nos han hecho de la vida. Mi deseo sería correr por el campo abierto, bajo el cielo ilimitado, con el alma desnuda y los ojos libres... Desde el primer instante en que nos vimos, adiviné lo que debíamos llorar... Todo lo que yo ahogaba en mí desde hacía varios años, se despertó con nuestro encuentro. Imaginé una posibilidad de vivir... Pero en el mundo solo hay sitio para las almas dormidas y disciplinadas... Toda floración sincera, toda vegetación selvática, provoca en las gentes primero estupor, después hostilidad y por fin desprecio... Debemos vivir en cárceles de mármol. Cómo permitirnos la espontaneidad en los invernáculos del mundo? Nuestras acciones no nos pertenecen. Somos prisioneros de la tradición, de la ignorancia, de la maldad, de las fórmulas, de la curiosidad, del ejemplo, del alcalde, del amigo, del cura, de la familia, de la vecindad, de los antepasados, de todo lo que ha tenido ó tiene necesidades, deseos, constitución, mentalidad, savia ó ilustración contraria ó diferente de la nuestra—pero no somos dueños de nosotros mismos... Imaginémonos que rompo en un instante dado con mi pequeño universo, que me emancipo, que nos damos á vivir en nuestra torre, que quemo mis naves y que me arranco la careta... Dentro de mi manera de ver, nada

más digno y más puro que una unión natural, sin sanciones burguesas. Pero, dentro del criterio corriente, dentro de la sociedad que nos aprisiona, qué se diría de la estudiante audaz que se alzaba en medio del acatamiento común para renegar la fórmula que es la base de nuestra fortaleza de cartón? La primera palabra que les vendría á los labios sería un insulto. Incapaces de comprender el desdén de los dogmas y la embriaguez de la libertad, me prestarían ignominiosos propósitos. Mi sencillez sería para ellos vicio; mi desprendimiento, venalidad; mi elevación, caída. Una avalancha de oprobio caería sobre mi nombre. Me convertiría en fábula de mis relaciones y de mi barrio. Sería como si hubiera muerto. Y mi tía y mi padre, á pesar de su espíritu moderno, á pesar de su cultura intelectual, me rechazarían sin reparos. En el fondo de sus conciencias, mi acto se explicaría quizá. Pero nunca me perdonarían el desprestigio que caía sobre la familia, la pretendida mancha sobre el nombre, las consecuencias malas de mi buena acción. Y además, con qué autorización iría yo á aumentar la estrechez en que Ud. vive? Con qué derecho encadenaría mi vida á la suya? En el mundo ideal en que vivimos interiormente, nada sería más hermoso que nuestra unión; pero en el mundo real que nos cela, nada sería más funesto. Alguien ha querido que nos descubramos para hacernos sospechar el paraíso... Bástenos la visión de lo que no

pudo ser... Por qué obstinarnos en un imposible? El mundo, que no sabe respetar las tentativas del cielo, se encargaría de destruir nuestro palacio ideal y solo seríamos, después del fracaso, Ud. un burgués, yo una perdida. Sigamos viviendo nuestra muerte y no nos dejemos engañar por la esperanza de algo mejor. Resignémonos á las cadenas, á las palabras duras de los guardianes y á las rejas del calabozo. Prisioneros del mundo, solo podemos soñar una evasión en otra vida... Conserve Ud. su movilidad de rebelde, su libertad de artista... Yo debo conservar el acatamiento á las fórmulas. Ud. triunfará. Yo me uniré en mi país á un hombre hueco que tendrá la pretensión de ampararme con las ocho letras de su nombre. Ud. me olvidará quizá. Yo le veré desde lejos. Y de la aurora y el idilio, guardaremos el recuerdo de algo que nos pareció un sol y solo era un corazón que sangraba...

Se abrió un silencio penoso y seguimos andando por las calles llenas de luz y de gente, donde triunfaba la animación y el bullicio. Mi alma estaba llena de sombra...

—...Pero, está Ud. resuelta á casarse?— dije, apretando la mano que había quedado entre las mías.

—Sí—respondió Elena con una energía que me asombró en sus labios;—todo me aconseja el sacrificio: la familia, las concepciones del mundo, y hasta este amor que ha brotado en mi existencia resignada, como

una flor de trópico en un témpano. Bajo la alegría bulliciosa que me impongo ante mi familia, vive una mujer desencantada que ha leído mucho. No sé hasta qué punto es buena la educación que me han dado. El libro me lo ha hecho desear todo; la costumbre sólo me permite ciertas cosas. He pesado las ventajas y resuelto matarme dentro de mí. Cuando le he encontrado á Ud. ya había logrado casi triunfar de mis rebeldías. Empezaba á acostumbrarme á la costumbre. Con el choque, se ha despertado el alma que dormía y se ha reabierto el debate. Pero lo más juicioso es romper, olvidar los sueños, forzar las risas y resignarse á la inmovilidad. Cómo pretender vivir en estas ciudades en que todos están muertos?

El silencio es la elocuencia de los que tienen mucho que decirse... Elena y yo seguimos caminando un buen trecho sin cambiar una palabra. Cuando llegamos á la estación de Montparnasse y atravesamos la plaza llena de carruajes y tranvías, nuestra alma pareció despertar.

—Tiene Ud. razón...—dije al fin, como si después de pesar los razonamientos me declarase vencido—la felicidad es imposible...

Elena me sonrió de una manera extraña. Sus ojos parecieron agradecerme que no insistiera. Nos estrechamos las manos hasta hacerlas crujir... Ella se puso roja, yo pálido. Y al levantar los ojos, nos pareció que nuestro sacrificio había hecho brotar una estrella.

—Nos veremos mañana?—dije, tratando de sostener la voz.

—No —repuso Elena precipitadamente; —mañana no... es domingo... debemos hacer una visita... mañana no... el lunes,... eso es,... el lunes en la Academia.

Y cuando entró en su casa, me pareció que se apagaba una luz.

.

Enero 20 de 19**

Como ocurre todos los lunes, la Academia estaba poco concurrida. Apenas había una docena de estudiantes hastiados, que bostezaban en la gran sala refiriéndose aventuras del domingo: paseo á Robinsón, merienda en Verrières... tradicionales regocijos del *rapin*, que forman casi parte del oficio.

Dieron las nueve, y Elena no llegó. La sala silenciosa donde trabajaban los escasos pintores que habían escapado á la fatiga del día anterior, presentaba ese aspecto desolado de los teatros vacíos, las calles desiertas ó los cuartos donde se vela un cadáver. El crujido de un pupitre, el ruido de los lápices, resonaban en la soledad como derrumbes. Y el alma sentía los escalofríos del silencio, en el mareo de la noche donde parpadeaban las lenguas de luz.

Cuando comprendí que Elena no debía venir, recogí mis trastos y me eché á la calle. Una franja de cielo aparecía entre los

dos muros, como una gran banderola. El frío había barrido las aceras, empujando á los transeuntes á los cafés, y arrinconándolos en las piezas calientes, junto á los hogares donde chisporroteaban los troncos. De la Academia á la estación de Montparnasse, sólo encontré dos ó tres parejas apresuradas y un ebrio incongruente que se había sentado en el hueco de una puerta para insultar á la luna.

Al entrar á la casa de Elena Petrowska, adiviné una catástrofe.

Los muebles estaban abiertos, las ropas amontonadas sobre las sillas. Un baúl reinaba junto á la chimenea. Y en medio del desorden de los preparativos del viaje, las dos mujeres, atolondradas y ansiosas, corrían de un lado á otro llevando las valijas y los vestidos, como si la casa se incendiara y quisiera salvar lo que tenían más á la mano.

Mi amiga me mostró con los ojos dos telegramas que estaban sobre la mesa. Uno decía: «El general está grave»; otro: «El general ha muerto». Y mientras yo me dejaba caer en una silla, consternado ante aquella partida brusca que me dejaba solo, Elena acabó de cerrar las maletas, empujó á su tía, llamó al portero y se consumó el desastre. Un tren partía á las diez. Un coche esperaba á la puerta. Tenía apenas el tiempo de llegar á la estación. Y fué un torbellino. Dos hombres se llevaron el equipaje. Elena dió un último vistazo por la pieza vacía, y todos bajamos en tropel...

Cómo analizar las sensaciones que me desgarraron y retorcieron mientras estuvimos en aquel fiacre que corría y saltaba sobre el empedrado, como si huyera de un peligro? Las casas pasaban por la ventanilla como fantasmas de sombra. Los faroles dejaban rayas de luz en la opacidad de los vidrios. Y la voz áspera y brutal del conductor que juraba y hacía crujir la fusta, me crispaba los nervios como un chirrido de gonces mal engrasados. Elena me miraba en silencio, con los ojos vidriosos, conteniendo las lágrimas. Su tía sollozaba, ocultando el rostro en el pañuelo. Yo no me atrevía á hablar, temiendo dejar escapar mi dolor egoísta en medio de la amargura de aquellas dos mujeres que iban en busca de un muerto. Y el coche devoraba la distancia, haciendo saltar chispas del empedrado,

En mi cabeza había remolinos de ideas y proyectos inverosímiles que se encendían y se apagaban en la oscuridad de la desesperación. Todo mi mundo moral crujía y se desmoronaba, en la espantosa fatalidad de aquel adiós. La vida, que se había iluminado un instante, volvía á llenarse de sombras, y los meses tomaban otra vez su terrible aspecto de cuevas empinadas que había que salvar chorreando sangre. Aquella mujer que me había despertado, que me había extraído del mundo, para hacerme vivir en un deslumbramiento durante varios días, estaba á punto de desaparecer, bruscamente, como había venido. La amenaza

de la soledad volvía á pesar sobre mí, como una losa de sepulcro. Mis ilusiones se desplomaban. Todo era invierno en torno mío. Y era forzoso cerrar los ojos y apretar los labios; resignarse á la hecatombe; callar en la tortura. Hubo un momento en que me vinieron ganas de romper con todas las convenciones y suplicar á Elena que me permitiese acompañarla hasta Varsovia. Pero el recuerdo de lo que habíamos hablado la noche anterior, la certidumbre de que todo había concluido entre nosotros, me hizo rechazar la idea insensata. Entonces traté de imponerme una actitud grave, de acuerdo con la situación. Pero mi angustia era más fuerte que mi voluntad, los sollozos me ahogaron y lloré también...

En la estación hubo apenas tiempo de comprar los billetes y precipitarse al andén, donde silbaba ya la locomotora y se apuraban los empleados, empujando á los últimos viajeros. En ese tumulto de gentes enloquecidas que corren de un coche á otro y se interpelan y se estrujan, Elena encontró medio de guarecerse un instante en un rincón de sombra. Y fué la despedida.

—Nos volveremos á ver?—dije, oprimido por un presentimiento inexplicable.

—Sí;—repuso Elena, sin seguridad—volveré dentro de un mes.

—Y hasta entonces, cómo haré yo para vivir?

—Nos escribiremos...

—Como amigos solamente?

—Como amigos. Ya hemos resuelto que lo demás es imposible. Pero la amistad que nos une nos consolará del amor que nos separa. Resígnese Ud. al sacrificio, como yo. Es fatal. Seremos dos hermanos que sobreviven á los amantes que han muerto. Y nos guardaremos en la memoria el culto que nos debimos profesar.

Me pareció que una silueta oscura pasaba entre nosotros, haciendo un gesto inexorable. Me asaltó la idea de que nos veíamos por última vez.

—Pero, Ud. volverá á París,...—le dije, apretándole las manos.

—Y si no volviera—me contestó, mirándome en los ojos—nos querríamos menos?

Entonces hubo en la estación el último remolino de viajeros apresurados, y Elena corrió hacia el tren que comenzaba á ponerse en movimiento... Yo la seguí, empujando á los grupos y abriéndome paso brutalmente. Cuando llegué al vagón, ya habían cerrado la puerta. Subí sobre el estribo y dije un último adiós... Pero un empleado me obligó á bajar... Saludé con la mano... Un pañuelo me contestó desde la ventanilla... Y el tren se precipitó en la noche, como una culebra que huye...

(La novela de las horas y de los días).

Pro América latina ¹

La patria

Creo, con Ibsen, que «la cultura de la patria no es más que una etapa del espíritu humano». Tiempos vendrán en que el hombre, libre de todas las barreras, se emancipará también del egoísmo regional. Pero mientras forzamos ese límite, hay que defender la base de todos los desarrollos futuros. No es posible saltar por encima de los siglos. La patria es para las colectividades, lo que para el hombre es la voz. Cada grupo representa un ensayo de genio autónomo que se expresa con ayuda de un órgano independiente. Una bandera dentro de los tumultos internacionales, equivale á un partido dentro del hervidero de la nación. Aquí es un conjunto de ideas, allá un haz de reivindicaciones, más lejos una corriente de simpatías, y en todas partes un pro-

¹ Hemos reunido bajo este título una serie de párrafos tomados de *El Porvenir de la América latina*. Esta es obra importante, de estudio y de idealismo. Por las exactas observaciones, las previsoras advertencias y saludables enseñanzas que contiene, merece la lectura reflexiva de los estudiosos y directores de nuestra América.

grama. Tener patria es tener silueta en lo que se refiere á las cosas individuales y opinión en lo que toca á la política superior del globo. Brazo y escudo, la necesidad de las épocas en que los primeros hombres se agruparon en piña solidaria para prevenir la arremetida de otras hordas, subsiste aún bajo apariencias diferentes y fundamentos nuevos. Al instinto de conservación se une la inquietud de poner en salvo el patrimonio moral y material de todos. Amenazado en sus pensamientos, en sus esperanzas y en sus costumbres, el individuo se agrupa con los que viven, piensan y esperan como él. Mientras no cambien los resortes humanos, mientras no nos elevemos á las esferas en que se desaparece el mal, la patria seguirá siendo en este sentido, un instrumento de independencia y una condición indispensable para el desarrollo integral del hombre.

Claro está que no me refiero á los fanatismos de provincia, que sólo son parodias de un sentimiento más alto. La patria no depende de nuestra voluntad; es una imposición de los hechos. Limitarla, reducirla, hacerla nacer artificialmente, es tan difícil como renunciar á ella en toda su plenitud cuando existe.

Los antepasados

Lejos de quejarnos de nuestra filiación, enorgullecámonos de ella; porque lo que hace la fuerza de los grupos es la constante comunión con los antepasados, la solidaridad que prolonga el esfuerzo de unos en otros, haciendo que cada cual, al sentirse sostenido por los que le preceden, halle en el orgullo de lo que éstos lucharon por él la fuerza indispensable para servir de luz á los de mañana. No cabe alzar bandera donde cada individuo está desligado de los que le anteceden ó le siguen. El poder de los núcleos estriba en la prolongación de un esfuerzo central á través de las generaciones y en la estrecha fusión, dentro del progreso, de un pasado que se hizo presente con un presente que aspira á trasformarse en porvenir.

Todo lo que tienda á romper la cadena se traduce en desmigajamiento. Por eso es por lo que, aun después de la Revolución, tenemos que considerarnos como parte misma de España, cuya personalidad moral, rehecha por el clima y las inmigraciones, aspiramos á prolongar triunfalmente en el mundo. No datamos de 1810; somos hijos de una elaboración larga y difícil que arranca de las tinieblas y nos trae de luz en reforma, seleccionando matices á través de siglos y trasformaciones sucesivas é interminables. No es posible renunciar á una etapa del ser anterior sin destruir el puente que nos lleva de polo á polo de los tiempos.

Una pólvora eficaz

No es cosa nueva decir que hemos entrado en una época en que las relaciones entre los pueblos dependen más del bolsillo que del alma. Las guerras de antes tenían su origen en el amor propio; las de hoy derivan de razones más palpables. Los ímpetus de la Edad Media y las matanzas inverosímiles por una frase de embajador ó una hueca descortesía se han refugiado en la historia. Nuestros contemporáneos buscan terrenos más sólidos. De estallar mañana un conflicto entre dos grupos, será por causas que toquen á su vitalidad y á su porvenir. Y siempre que no medie una provocación deliberada, la lucha se traducirá en agasajos dominadores, en tarifas aduaneras y en esfuerzos industriales, dando así á los apetitos una forma más sutil.

Los viajantes de comercio, los representantes de industrias, los *placiers* que diseminan por el mundo el excedente de producción de un pueblo, acabarán por ser en cierto modo mañana los mejores agentes diplomáticos, y la fiebre manufacturera que devora á los grandes países habrá dado, entre tantos resultados lamentables, uno feliz, al reducir las probabilidades de matanza, para imponer á los odios, todavía indestructibles, otros procedimientos. La expansión va perdiendo su viejo carácter militar. Las naciones que quieren superar á las otras en-

vían hoy á la comarca codiciada sus soldados en forma de mercaderías. Conquistan por la exportación. Subyugan por los capitales. Y la pólvora más eficaz parece ser los productos de toda especie que los pueblos en pleno progreso desparraman sobre los otros, imponiendo el vasallaje del consumo.

Todo nos dice que antes de entrar de lleno en el cauce de la razón, el mundo pasará por una época de rapacidad exasperada. Cada país tratará de comprometer la suerte de los demás y las grandes potencias productoras especularán con la miseria y con el hambre de las naciones chicas. La crisis pondrá á prueba el organismo de los Estados. Los débiles pasarán á ser provincias más ó menos oficiales de los poderosos. Y sólo saldrán á flote los que, prevenidos á tiempo, hayan acumulado mayor suma de riqueza y actividad. Será un choque de industrias, menos sangriento, pero acaso más doloroso que una guerra. De aquí que todos los países pugnen desde hoy por evitar la derrota.

Libertad ficticia

La libertad de un pueblo que respira con pulmones prestados y se nutre de savia extraña, sólo es una libertad ficticia. Los grupos tributarios sometidos á ese vasallaje indirecto acaban por perder hasta la bandera, porque con el fin de proteger sus capitales, el proveedor único interviene á su capricho

en los asuntos interiores. De aquí que un país no deba entregarse jamás á los empréstitos y á la industria de una sola gran nación. Su voluntad tiene que tender, por el contrario, á reunir el mayor número de competidores para neutralizar los apetitos y crecer al calor de las rivalidades.

Trabajar es defenderse

Nefastos atavismos nos han hecho considerar el trabajo como una disminución, sugiriéndonos la idea de que todo esfuerzo que no se halla rotulado por un título se ejerce en menoscabo de la dignidad del hombre. La opinión tiene en menos á los valientes *pioneers* que abren surco, sin comprender que es más útil la obra del que al implantar en el país una industria nos libera del producto similar extranjero, que la del que va á aumentar la falange de diplomados mediocres que ven pasar la vida.

Si en determinadas zonas alcanzamos á salir airosos, será porque, imitando á los inmigrantes que se adaptan al país, habremos comprendido el precio de la actividad comercial. Trabajar es defenderse.

El Parlamento de la raza

La iniciativa de la democracia puede adelantarse á la de los gobiernos. Nada sería más hermoso que crear una vasta agrupación de hombres concientes que difundieran la

luz, suscitando grupos simpáticos hasta en las aldeas de las provincias más lejanas. Encabezada en cada país por las personalidades más salientes, la Asociación debilitaría lo que nos aleja, robustecería lo que nos une y trabajaría sin descanso en favor de lo que llamaremos la unificación nacional.

«Ensueños de poeta», dirá alguno. «Verdades de mañana», contestamos nosotros. La obra de los poetas no ha sido hasta ahora tan frágil como se cree. Es necesario recordar que las únicas relaciones útiles que existen entre ciertas repúblicas fueron iniciadas por escritores que simpatizaron y se escribieron sin conocerse? Algunas revistas de la gente joven han sido, en estos últimos tiempos, el foco fraternal donde se reúne en la persona de sus más altos representantes el Parlamento de la raza. Los poetas han hecho en realidad hasta ahora por la unión mucho más que las autoridades. Y á ellos les corresponde seguir fecundando el porvenir. Sobre todo en una circunstancia en que del buen acuerdo entre todos depende, en bloque, la salvación ó el fracaso de los latinos del Nuevo Mundo.

Las energías renovadoras

No nos dejemos convencer por los que llaman ensueño á todo lo que no ha sido vivido aún. El porvenir no es ilusión, sino vida inexpresada que espera el instante de surgir y que nosotros podemos traer á la

superficie con una flexión de los músculos. Los pueblos necesitan para realizar sus destinos y para defender su vigor algo así como lo que mantiene la frescura de los lagos: un hilo de agua cristalina que trae los gérmenes vivificadores y un desagüe progresivo que se lleva los elementos inútiles. Sepamos olvidar lo que dió á nuestra tradición cuanto traía en sí, para favorecer el triunfo de las energías renovadoras que aguardan el momento de manifestarse. Y familiaricémonos con los imposibles. En la mayoría de los casos, éstos sólo son aparentes, porque el empuje es siempre superior á la resistencia, cuando existe la voluntad de vencer.

Una cima del mundo

Tengamos fe en el porvenir. Robustecida la noción de la grandeza de mañana por las ventajas crecientes que registra el orgullo nacional; vigorizado el ímpetu con ayuda de una certidumbre; ensanchados los horizontes ante la urgencia de cohesionar las patrias, la América latina puede aspirar á los triunfos más altos y más duraderos. Todo contribuye á hacer de ella una de las cimas del mundo. Su situación privilegiada, que le concede todos los climas desde el Ecuador hasta el mar austral; su prosperidad inverosímil, que la pone á la cabeza de las naciones exportadoras; su juventud viril, su cosmopolitismo generoso y su noble audacia la trasforman en campo abierto á las

promesas del sol. Si la prudencia la pone al abrigo de mortales intervenciones, se podrá decir que la especie ha ganado un campo de oro. Porque no se trata de alternar los egoísmos ni de impedir la tiranía anglosajona para imponer la nuestra, sino de mantener el libre juego de una nacionalidad alimentada internacionalmente para abrir en el mundo, bajo el amparo de la civilización latina, una posibilidad de acción á todos los hombres.

Los gobiernos tiránicos

El origen del mal¹ arranca de las alturas. Si en comarcas donde el sufragio libre es una realidad, los partidos contraen el compromiso de honor de emplear los medios legales, en pueblos sometidos á la tiranía, la rebelión puede ser un movimiento legítimo. Sobre todo en América, donde no es posible detener la historia en mitad de su curso para decir: «De hoy más toda sublevación es ilegal», siendo así que la mayor parte de las legalidades actuales son hijas de las luchas y los levantamientos de ayer. Al condenar las intenciones de los aventureros que sólo aspiran á escalar las cúspides para saciar sus apetitos, hay que tener en cuenta la opresión de los que por las mismas artes y con iguales fines se han afianzado en el gobierno. La futura paz interior será un

¹ Las guerras civiles de Hispano-América.

resultado de la honradez de los directores y de la creciente capacidad de los dirigidos para exigir su soberanía. Hoy por hoy no es posible condenar todas las cóleras, porque el orden sólo puede ser durable á condición de reposar sobre la equidad. Cuando los jefes quieran hacer efectivos los derechos teóricos que acuerdan las constituciones, y cuando los ciudadanos sepan contribuir á determinar por medio del voto los destinos de la nación, no se planteará el problema de la paz porque todos estarán interesados en mantenerla. Claro está que los motines sin plan y sin doctrina, que se multiplican en algunos Estados no contribuyen á mejorar nada. Pero lo que alienta la esperanza de los aventureros de abajo es el éxito de los usurpadores de arriba, y para destruir á los caudillos revoltosos, lo más eficaz será acabar con los gobiernos tiránicos que difunden la idea criminal de que la dirección de los asuntos colectivos pertenece á los audaces y á los que saben sustituirse á la voluntad del grupo.

Enanos políticos

El fondo de nuestra política es el personalismo, y lo peor de todo es que ese personalismo está representado en la mayor parte de los casos por gentes que no tienen personalidad ninguna. Cuanto más altos son los hombres, menos inclinados se sienten á dominaciones inmediatas; pero quién limita

la voracidad de los enanos! El pueblo tiene su parte de responsabilidad en estas cosas. Hacer política ha sido siempre para nosotros sinónimo de acaudillar muchedumbres. Sólo concebimos el adelanto á la zaga de los caudillos. Tenemos una predilección particular por el valor y los grandes gestos, y aunque hemos renunciado á los hombres providenciales y á los fanatismos de horda, hay que reconocer que no son los choques de doctrina los que remueven con más frecuencia la opinión.

Vicios olímpicos

Aun nos hallamos en una etapa inferior, producto mixto de nuestras concepciones rudas y de las grietas del carácter. Al norteamericano le basta para ser feliz con tener excelentes ferrocarriles, buenos caminos, hoteles espléndidos y una vida sonriente de comodidades corporales. El hispano-americano de ciertas regiones necesita, además de la sombra de todo eso, el derecho de alcanzarlo sin moverse de su hamaca. El primero, arrebatado por la actividad y el goce de una existencia vigorosa y fecunda, es un incomparable juglar de cifras y un gobernante ejemplar. El segundo, esclavo del ensueño, víctima de los abandonos, tiene todas las condiciones esenciales para ser escritor ó músico y carece de los resortes indispensables para dirigirse. Si el yanqui busca el camino más rápido para llegar á un

fin, el latino elige el más hermoso. De aquí que resulte un dilettante mal adaptado á la época en que nació, de aquí que cultive celosamente el patriotismo de sus vicios, que son, por otra parte, los del Olimpo griego: la Pereza, el Amor, la Vid y la Discordia, y de aquí que sea violento en política como en todo.

Una función nacional

Si, como un autor declara, la esencia del individualismo consiste en trasformarse en rebelión cuando soporta el poder y en tiranía cuando lo posee, somos profundamente individualistas. Pero el individualismo de la masa toma una forma personal y servil. Nos apasionamos y nos hacemos matar por un hombre, sin que nos asalte la idea de saber cuáles son las corrientes morales que él representa. Los credos reposan sobre pedestales de palabras. Z y X declaman períodos grandilocuentes que terminan en «libertad», «progreso» ó «constitución», y tomamos partido por uno ó por otro, sin razón atendible, como elegimos cara ó escudo en un juego de azar. Luego nos encueguemos al calor de la terquedad nativa, y cuando venimos á las manos, como ocurre á menudo, rompemos, herimos y destroza- mos con insuperable convicción, pero sin tener ninguna idea segura sobre el antagonismo que nos separa. Por otra parte, nuestros hombres necesitan siempre ser jefes de

algo. No reina aún en la América del Sur la era en que las ambiciones avanzan escudadas por doctrinas. La lucha es brutal y clara entre los que quieren ocupar el primer puesto. Y como en países altivos—donde el peor insulto que se le puede hacer á un ciudadano es llamarle adulator—son muchos los que aspiran á trabajar por cuenta propia, se explica que la guerra civil haya sido hasta hace poco una función nacional.

Los intelectuales

En las capitales populosas, no es difícil imponer la realidad del sufragio. Pero en las ciudades del interior y en los villorrios donde se agazapan aún las hosquedades de América, parece por ahora cosa imposible. De suerte que sin aceptar la frase de Pascal—«cuando no es posible forzar á los hombres á obedecer á la justicia, es justo obligarles á obedecer á la fuerza»—habrá que esperar el establecimiento de la legalidad de una presión ejercida por una «élite» sobre los partidos y las administraciones locales.

Es evidente que la raza que se acumula acabará por imponer la verdadera fisonomía. Se trata de hombres nuevos que unen muchas particularidades europeas al carácter rudo del medio en que se desarrollan y que se han creado una mentalidad particular, un poco autoritaria, pero equivalente en impacencias á la del colegial que quiere saberlo todo. Esa precipitación es causa de

muchas confusiones, pero en el fondo resulta favorable, porque abre la puerta al porvenir. Un soplo desconocido se insinúa. Se oyen voces ignoradas. Y en el desorden de los veinte países simpatizantes ó enemigos, prósperos ó ahogados por césares que sucumben á las revoluciones en incesantes luchas de primacía, empiezan á surgir intelectuales que se esfuerzan por trasformar el medio que los oprime.

✓ Pero en esa atmósfera hostil, la razón del que trabaja se exaspera fatalmente. Comienza por luchar contra la fuerza inmediata que le subyuga y concluye por descubrir el encadenamiento de las cosas y por combatir más ó menos teóricamente toda la organización social. Esto explica que la mayoría de los jóvenes escritores de la América española sean revolucionarios en el sentido más elevado de la palabra. Del choque de los espíritus superiores con los espíritus menos cultos ha surgido quizá la visión de la injusticia. La inestabilidad causada por guerras civiles, que sólo parecen apagarse para renacer con mayor fuerza, hace desear una organización en la cual la suerte de todos no sea juguete de una minoría ociosa y mal inspirada. Las llanuras fértiles que se extienden bajo el sol y donde queda aún, en la atmósfera y en el corazón de los habitantes, algo de la independencia y de la libertad primitivas, contribuyen á inspirar el deseo de una vida más sana. Por los puertos entra en forma de libro y

de periódico el porvenir y el presente del pensamiento universal. Y al influjo de una literatura nacida bajo la influencia de la francesa, empieza á formarse, inseguro y flotante aún, un gran núcleo de hombres independientes que se levantan contra las costumbres actuales. Unos se inscriben en los partidos extremos. Otros conservan su libertad de acción. Pero todos forman una *montaña* donde se codea lo más sano de cada país.

Falta un ideal

Si la educación consistiera en enseñar á leer y á escribir á todo el mundo, nada sería más fácil para un pueblo que escalar las cimas más altas de la cultura. En este orden de ideas, como en todos, hay que ver la extensión y la calidad. Parece inútil decir que somos partidarios de universalizar la instrucción y de difundirla, hasta acabar con el último analfabeto. Pero entre un país donde una enseñanza deficiente ha llegado hasta las raíces, y un país donde un sistema bien concebido sólo ha preparado á un pequeño número, la ventaja y la superioridad final, resultante al fin de cuentas del estado de los grupos directores, no sería en beneficio del primero. Claro está que nadie aboga en nuestro siglo en favor de una instrucción limitada. Sería retrogradar á las épocas más nebulosas de la historia. Si el ejemplo surge, es porque prueba que en países en

formación como el nuestro, donde todo depende de las direcciones del origen, más importante que la generalización de los conocimientos, resulta la elección de los principios y las inspiraciones que deben presidir al parto de la conciencia nacional.

Hasta ahora hemos acariciado una visión borrosa de lo que conviene perseguir. En el desmigajamiento de la América latina, subdivididos como estamos en repúblicas que no tienen á veces más razón de ser que el capricho de los que trazaron una frontera al azar de la emancipación ó de las guerras civiles, carecemos de los ideales necesarios para hacer brotar del suelo mismo una modalidad que apasione y que se imponga.¹ En Inglaterra, en Alemania ó en Francia, la educación gira alrededor de grandes corrientes morales que sintetizan el espíritu ó las ambiciones de la raza. Los detalles tangibles se coordinan con ese empuje, en vista de su elevación. Y la enseñanza no es una empresa subalterna que tiende á difundir el alfabeto, sino un gran ímpetu que arrebatá á todos hacia las cimas que señala la conveniencia final del grupo.

Nuestra incertidumbre filosófica (que empieza á traducirse en el carácter de la juventud en forma de incredulidad, malevolencia, indisciplina y pesimismo) deriva de la

¹ Lo que ha empujado á muchos hombres jóvenes á los partidos extremos, es la exigüidad de nuestro ideal nacional.

situación nacional. Las patrias no son un capricho de los hombres, sino una imposición más ó menos durable de la historia y del medio. No es posible hacer brotar de cada una de las veinte repúblicas, nacidas de divisiones convencionales, una razón superior y diferente que aune la voluntad en vista de un esfuerzo seguro y un fin alto. Los apetitos de los que mandan ó especulan dentro de ellas no bastan para determinar la titilación constante de un soplo salvador. Salta á los ojos que el orgullo estridente é irrazonado que inculcan las escuelas sólo es una abstracción que nos conduce, ignorantes de nuestra pequeñez, á las fanfarronadas más dolorosas. Todos sentimos que falta la fuente suprema de inspiración de donde arrancan los sacrificios y las grandezas morales. Pero esto no quiere decir que estemos condenados á vivir sin brújula. Bastaría reunir los fragmentos de la raza y sacar á luz las raíces de la nacionalidad, para ofrecer al conjunto la bandera lógica, el ideal tangible y la seguridad en las propias fuerzas que necesita un pueblo para afianzar sus destinos. Si formásemos, por lo menos ideológicamente, un conjunto de ochenta millones de hombres, si supiésemos que nuestra bandera moral flota sobre la décima parte del mundo y si nos sintiéramos herederos y responsables en bloque de la tradición latina, cuyo espíritu hay que defender en América contra los avances de la civilización anglosajona, no cabe duda de que un

hálito nuevo vendría á sacudirnos. Arrebatados en la tromba de los grande momentos históricos, los hombres se agigantarían al contacto de las cúspides.

El origen del mal

La educación moderna debe concurrir á hacer hombres fuertes y sanos, instruidos é inteligentes, íntegros y altruistas, á suscitar seres preparados para la suprema ventura, que consiste en ser útil á los demás y á sí mismo. Desde la escuela primaria, que en nuestros climas cálidos pudiera ser un gimnasio y un jardín, hasta los estudios superiores, en los cuales hay que hacer entrar una concepción más amplia de la vida y un sentimiento más profundo de las responsabilidades, todo tiene que tender á dar volumen en sus tres aspectos á la personalidad humana, mediante una educación física, una educación intelectual y una educación moral.

Las dos primeras son igualmente importantes, porque si una nos da el vigor necesario para realizar los esfuerzos, la otra nos brinda los antecedentes indispensables para concebirlos. Pero por encima de ambas está la educación moral, que decide el empleo que podemos hacer de la sabiduría y de la fuerza. Lo que hasta ahora hemos visto con desdén, es precisamente lo más importante. Nuestra juventud crece al azar, sin más direcciones filosóficas que las que le presta el

individualismo áspero de las costumbres. Sale á la vida sin una trayectoria, sin una luz, y encalla dolorosamente en la impotencia y en la burla contra todo lo que sobrevive á su fracaso. Esta circunstancia, unida á la que hemos expuesto al comenzar,¹ marca quizá el origen de los males que nos aquejan. Si ceden los patriotismos y si faltan caracteres es porque la educación no ha sabido ofrecer un ideal á los hombres, ni en lo que toca á la colectividad ni en lo que respecta á los individuos.

Educar para la vida

Por educación debemos entender todo lo que concurre á suscitar hombres cada vez más útiles, superiores y perfectos. De suerte que abarca desde la alimentación y la higiene, que son base y resorte de la conservación de la vida y del franco desarrollo de la personalidad, hasta las inducciones filosóficas más difíciles. Pero en todo ello ha de haber lo que llamaremos un criterio humano y viviente. Al margen de lo que es puramente teórico y en cierto modo académico, hay que hacer de la enseñanza algo aplicable á la existencia, teniendo presente que si de las aulas no salieran más que profesores y gobernantes, desaparecería el país. Lo que necesitamos son hombres de empresa que se encaren con las necesidades colectivas y las

¹ Véase la pág. 61 de este folleto.

llenen, multiplicando los manantiales de savia y dando á la América latina su verdadero empuje triunfal. Bien está que tengamos médicos, abogados y legisladores, pero una nación moderna no vive de jarabes, pleitos y eufemismos. Lo que le da atmósfera es la masa trepidante que siembra las tierras, manufactura los productos y sube por escalones de iniciativa perseverante hasta las cúspides llevando sobre sus hombros, como un peso suplementario, á los que nada podrían pretender sin ella. Esa tendrá que ser una de las direcciones esenciales de la educación en el Nuevo Mundo: engendrar generaciones aptas para explotar las riquezas de nuestro suelo, llevando al grado máximo el desarrollo del grupo y romper con el prejuicio de las facultades que crean, en países que deben ser laboriosos é igualitarios por definición, una especie de casta inmóvil y parasitaria destinada en muchos casos á vivir de expedientes en una sociedad moderna y ágil.

Comunión que falta

Si nuestros presidentes han tenido siempre algo de esos alcaldes de villorio que se ponen á la cabeza de la población para ir á recibir á los viajeros distinguidos y si no asoma en nuestras repúblicas, en lo que se refiere á las relaciones exteriores, esa altivez deferente y esa serena cortesía protocolar y distante que advertimos en otros países,

es porque quienes nos representan se agitan en la mayor parte de los casos por cuenta propia y no sienten tras sí ó dentro de sí la gravitación del orgullo y de la voluntad de todo un pueblo. Las dictaduras más ó menos ostensibles ó inconfesadas á que se han visto sometidas la mayor parte de las repúblicas durante un siglo de desorden y de ambiciones afónicas, han hecho olvidar á los mandatarios, entre otros axiomas viejos, el origen y la razón de ser de su jerarquía. No accionan como representantes, gesticulan como jefes. No traducen la voz de un conjunto, formulan su voluntad personal. Hablan de hombre á hombre y no de nación á nación. Y quieren alzar tan alto la cabeza, que cuando tienen que dialogar con sus iguales parecen obsequiosos porque se inclinan para hacerse oír.

Falta la comunión de los dirigentes con los dirigidos, y como consecuencia de ello la inquietud del bien público. También es verdad que no existe la opinión vigilante y segura de su poder que en otros países mantiene en tutela á los directores. Poco preparados para las luchas de las democracias y atraídos por avideces personales y directas, los latino-americanos no han comprendido aún que para gobernarse hay que empezar por gobernar á los gobiernos y que para que la preocupación de los asuntos generales se refleje en las alturas, es necesario que nazca de la colectividad.

Un pecado venial

Es imposible dejar de comprobar que si ocurre frecuentemente entre nosotros que los funcionarios prevariquen, que los contratistas engañen, que los contribuyentes mientan, que los poderosos se burlen de las leyes y que los depositarios de la fuerza abusen de sus privilegios; si vivimos en una atmósfera de mentira y de delincuencia donde todos esquivan los deberes, fascinados por el ideal único de ser útiles á su persona, es porque falta la noción indispensable de los derechos de la colectividad.

Cuando están en juego intereses enormes, cada cual tiene el deber de decir lo que piensa, y no creo sorprender á nadie recordando que una de las primeras condiciones para afianzar la prosperidad y el triunfo de nuestras repúblicas consiste en poner término á los fraudes, restableciendo en la administración, desde las esferas más humildes hasta las más altas, el orden, la honradez y la equidad más absolutos. Una «Comisión Superior de Cuentas» formada en cada país por los hombres más honorables y por los que á causa de su fortuna tienen que estar vírgenes de toda rozadura injuriosa, podría ser la base y el mecanismo de una campaña de saneamiento y de depuración. Si damos á una veintena de poderosos contribuyentes interesados en fiscalizar el empleo de los caudales públicos, las atribuciones necesa-

rias para establecer un contralor sobre los contratos ó licitaciones y para acusar ante los tribunales ó ante los parlamentos á los que hayan delinquido, no tardará en normalizarse el juego de la contabilidad administrativa. Hasta ahora engañar al Tesoro ha sido un pecado venial. Los precios ficticios, las gratificaciones abusivas, los contratos onerosos y todas las habilidades subalternas han saqueado impunemente la fortuna pública para mayor gloria del parasitismo y de la concusión, sin que se levante una sola vez de manera concreta y eficaz nuestra reprobación ó nuestra cólera. El ejemplo clásico no ha perdido su frescura. Se desprecia al paria que arrebató un reloj al transeunte, pero al concesionario que nos vende á peso de oro productos inutilizables, al empleado que encubre el dolo mediante una recompensa y al administrador que dispone para su uso particular del dinero de los contribuyentes se les saluda con el mayor respeto, porque representan recursos y habilidades decisivas que en un momento dado pueden ser útiles para todos. De suerte que sólo una reacción violenta presidida por los ciudadanos más íntegros y basada en las sanciones más rudas, puede llegar á poner término á la epidemia que ha llegado muy hondo y que será difícil extirpar.

Una idea errónea

Pero la honradez más irreprochable no bastaría para normalizar de una manera absoluta el funcionamiento de los resortes administrativos. Para devolver al Estado la respetabilidad perdida en tantos años de avidez y de desorden, habrá que romper con la idea errónea de que todos los hombres sirven para todo y de que las oficinas públicas han sido creadas para prestar asilo á los desorientados y á los inutilizables de la sociedad. Una curiosa inversión de valores nos hace suponer que lo que urge no es llenar la función que asegura la buena marcha del conjunto, sino otorgar un sueldo al partidario ó al amigo. «Yo me limito á lo que me concierne—arguye la mayoría—; que del bien común se ocupen otros». Y como cada uno dice lo mismo, resulta que nadie se acuerda de lo que en último resorte debiera ser la preocupación general.

Sus Excelencias

La enfermedad se complica con cierta menguada predisposición á conseguir títulos y honores. Mientras en Francia ó en Suiza los presidentes son monsieur X, Y ó Z, y mientras en las naciones más civilizadas los ministros arbolan el mismo título, entre nosotros todo tiende á multiplicar los tratamientos sutiles y las *Excelencias* fas-

tuosas, olvidando que en una democracia el calificativo más honroso es el de simple ciudadano. De estos vicios derivan errores más fundamentales. Un hombre acepta un cargo por las satisfacciones que de él puede sacar y no por el bien que cabe hacer desde las alturas. La austeridad de los que determinaron hace un siglo la revolución se ha esfumado en el vértigo de la vida moderna y sólo subsiste el deseo de encumbrarse para acumular satisfacciones efímeras. Los depositarios del poder en todas sus gradaciones, desde el humilde hasta el magnate, consideran el puesto que ocupan como una presa y no como una delegación que arroja sobre ellos la responsabilidad de los intereses más altos. Y la situación es tal, que sólo puede ser remediada mediante un escalonamiento de reformas en la Constitución y en las costumbres. Si limitamos las atribuciones de los presidentes, si damos á los Parlamentos el poder de derrocar á los ministros, si aseguramos la libertad del voto y la honradez gubernamental por los medios que hemos apuntado sumariamente ó por otros que intimiden á los que falsean el sufragio ó dilapidan los dineros públicos, si favorecemos la creación de grandes empresas nacionales que susciten astilleros, implanten talleres de construcción y funden los Bancos y las compañías de seguros, que deben acabar con los proveedores extraños que absorben buena parte de nuestra riqueza y nos mantienen en una inferioridad palpa-

ble, si dictamos leyes contra la acumulación de los empleos, si abrimos escuelas de administración y si orientamos la vida hacia los grandes ideales que aseguran la victoria y la estabilidad de un grupo, el estado de confusión porque atravesamos tiene que desaparecer fatalmente para dar lugar á un gran empuje espontáneo y juvenil.

Ser, no darse

Porque, como ya hemos dicho, en el fondo de la raza existen energías capaces de transformar el medio. Los errores que persisten en las diferentes repúblicas—con mayor ó menor intensidad, según el adelanto y la fuerza de ellas—no comprometen la armadura nacional. Son direcciones falsas que cambiarán al calor de los principios que animan á las generaciones nuevas. Al apuro que hasta hace poco tuviéramos por hacernos conocer de los extraños, se sustituye una ansia de conocernos nosotros mismos, y como quien descubre una verdad borra con ella sus errores todos, esa inquietud reciente puede ser el punto de partida de la regeneración. Una cosecha de cerebros equilibrados está removiendo la atmósfera. Un viento desconocido nos empuja. Y no está lejos el instante en que se producirá—al margen del empuje personalista y de los caudillos—la tan deseada metamorfosis. Porque en medio de estas luchas no hay que perder de vista la independencia, brazo y

motor de las reformas: la juventud no debe *darse*, debe *ser*.

Basta observar lo que ocurre en los grandes países para medir lo que nos falta. A través de las trasgresiones, porque en moral como en todo nadie puede aspirar á lo absoluto, tenemos que admirar la constancia con que se lucha en favor del bien común y el espíritu de prosecución que anima á los que al asumir la dirección de los negocios saben que sólo cabe obedecer á los ideales más altos. Cuando consigamos levantar las ambiciones por encima de las vanidades subalternas, habremos adquirido, con la noción del bien público, la seguridad de todas las victorias.

El andamiaje de la Justicia

Las falsas concepciones del poder de que hemos hablado, la latitud de los territorios y el carácter cerril que parece ser la marca distintiva de los delegados del poder, hacen que, no ya el extranjero, sino el sudamericano mismo, se exponga á verse en cierto modo fuera de la legalidad así que traspasa el límite de las zonas más centrales. De suerte que, en el orden interior como en lo que toca á los asuntos externos, urge normalizar la marcha de una justicia que más que á mantener la confianza tiende á difundir la impunidad de que disfrutaban los funcionarios.

En América, como en todas partes, los que han cometido un atropello ó mantenido un error, benefician de la rapidez y la fugacidad de las impresiones. La reprobación que el hecho levanta no persiste, porque surgen nuevas chispas de interés ó se renuevan las perspectivas. Un caso preciso no se mantiene en el horizonte de la actualidad más que el tiempo indispensable para producir el fogonazo y desaparecer. De suerte que la maniobra clásica de los que cometen un atropello ó falsean un principio consiste en esperar á que se abra la noche impasible de la impunidad y el olvido se encargue de arreglarlo todo. Pero en ningún país dormitan los sumarios y las averiguaciones como en la América latina. Los mismos que formulan una queja saben de antemano que, aunque se pruebe la injusticia, nunca se castigará al culpable. Si la protesta acrece, se ordena una averiguación para sofocar el escándalo. Pero las cosas han de quedar siempre como estaban. Desde tiempo inmemorial viene ocurriendo lo mismo. «El derecho y la fuerza han acabado por ser la misma cosa—dice M. Gustave Le Bon hablando de los conflictos europeos—; el derecho de un país está medido exactamente por la fuerza de que dispone para hacerlo valer». Entre nosotros justicia y autoridad son sinónimos. La fortuna, las amistades, la influencia de que un hombre es depositario indican lo que debe permitirse. El fraude judicial añade prestigio á quien lo maneja,

y la ley resulta á menudo la más amarga de las parodias.

Contra estos vicios atávicos tendrá que reaccionar una juventud nacida para otra época y para otro empuje. No es posible que las naciones donde todo se depura al influjo de un crecimiento vertiginoso, continúen atadas á formas inferiores y á modalidades subalternas que desmienten su porvenir. De aquí que una de las tareas que se imponen á nuestra atención sea la de reorganizar serenamente el andamiaje de la justicia.

Una Justicia más pura

Lo único que cabe afirmar es que conviene quitar á la Justicia las nebulosidades en que se ha envuelto hasta ahora, para hacer de ella un recinto abierto á todos. Basta de lentitudes, de enredos, de intervenciones oficiosas, de tretas hábiles, de gastos abusivos y de fórmulas incomprensibles. La Justicia no debe resultar una selva donde sólo se aventuran los profesionales, sino un lago rectangular y cristalino, donde los ojos miden el fondo. Tiene que ser serena, incorruptible, rápida y gratuita. La simplificación de los procedimientos y la supresión de las diferentes categorías de parásitos que obstruyen los caminos que dan acceso á la ley, puede contribuir á depurar un organismo que hoy parece perseguir lo contrario de lo que indica su definición.

Pero todas las modificaciones parecerán

vanas si no removemos y metamorfoseamos el fondo. Aunque el sistema cambie, el resultado será idéntico si no rejuvenecemos el ideal de los que lo accionan. Para restablecer la confianza en la ley que debe poner coto á muchas venganzas expeditivas, habrá que difundir la preparación, el carácter y la austeridad que exige una función tan alta. La negligencia y el aturdimiento con que se ha procedido hasta ahora tendrá que ceder el paso á la equidad, el orden y la sabiduría de los que miden y comprenden su responsabilidad. Y no han de ser los magistrados los únicos en depurarse; ha de ser el pueblo todo. La falta de respeto, el vicio de las recomendaciones y el fraude ininterrumpido á que se abandonan los litigantes, son quizá la causa inicial de los vicios que lamentamos. Parodiando la frase clásica, se puede decir que cada pueblo tiene la balanza que ha merecido. No es posible exigir que todos los jueces sean incorruptibles, cuando el público que acude á ellos agota las reservas de la mentira y el dolo. Para que exista una justicia más pura, será necesario que el pueblo tenga de ella una concepción más alta. Las leyes y las costumbres son como la atmósfera, que corresponde á los escalonamientos de la ascensión moral de un grupo. Si queremos respirar el pleno oxígeno, subamos hasta las cumbres donde se pierden las emanaciones del pantano y donde soplan los vientos de la purificación individual.

Libre culto

Lo que importa actualmente no sea ir á buscar querrela á Dios en las alturas, no sea combatir la religión en lo que ella tiene de esencial y de doctrinario, sino separar una vez por todas el poder religioso del poder político, y aclimatar en las almas, junto á las fuertes bases de la moral primitiva, los grandes axiomas de utilidad común que nacen de la existencia y de la lucha de hoy. Porque lo absoluto debe ser abandonado á los ideólogos, y la moral y la religión sólo valen según lo que reflejan sobre la especie. Parodiando la frase de William James, se puede decir que el oportunismo del bien es la única forma razonable de la justicia.

Tierra para todos

Lo que más puede contribuir á acabar con ciertos feudos y á difundir hasta los más lejanos villorrios la civilización de los núcleos principales, es el fraccionamiento de la tierra, que multiplica los intereses y crea una atmósfera saludable de responsabilidad. Los grandes territorios que, á manera de principados, se acumulan en el Nuevo Mundo en poder de un solo hombre, son un peligro para la libertad y un obstáculo para el progreso. Un peligro para la libertad, porque se sustraen á todo contralor y confieren á sus propietarios cierta autoridad

secreta que se sobrepone á la de los agentes de la República. Y un obstáculo para el progreso, porque si en vez de estar centralizados en favor de un individuo que los hace fructificar ó no, según sus ocios, se dividieran entre centenares de agricultores ávidos de prosperar, se hubiera metamorfoseado ya el aspecto y la vitalidad de las repúblicas.

Los jóvenes

En nuestras sociedades, desprovistas de unidad, faltan las grandes direcciones que unifican un conjunto y la disciplina que ordena la progresión de las cosas. Los que guían á los grupos suelen hacerlo de una manera nerviosa, mezclando el cesarismo y el abandono, la severidad excesiva y la condescendencia culpable. A menudo apoyan su cetro en la autoridad y no en la mayor preparación. No sabiendo ser directores, se contentan con ser jefes. Y el mismo empeño que ponen en ser respetados, hace sospechar que ignoran á menudo las condiciones necesarias para conseguirlo.

De aquí que la juventud se sienta heredera de tradiciones levantiscas y desorbitadas que la empujan á la pretensión, á las precocidades y á la independencia prematura. La naturaleza lujuriosa, la desorganización social y la falta de programa y de molde la hacen crecer desde los primeros años como una planta loca, llena de rama-

jes inútiles y de floraciones excesivas. Si á esto añadimos el prejuicio que nos llevá á no considerar como honorables más que las profesiones que surgen á la sombra de un título universitario, y si tenemos presente que el ejemplo de ayer no puede ser en todos los órdenes la mejor reserva de ideal, se explican sin esfuerzo las imperfecciones. El mal arranca desde la familia, dentro de la cual se ha desarrollado el niño, esperándolo todo del concurso de los acontecimientos. Rico ó pobre, ha visto vivir á los suyos sin más ambición que la de alcanzar ciertas comodidades, sin más filosofía que la del menor esfuerzo y sin más patriotismo que el orgullo irrazonado de la nacionalidad. No ha comprobado en torno ni una inquietud personal aplicada á las cosas de la vida, ni un interés por los asuntos colectivos, ni una gran generosidad para con los menesterosos, ni un carácter inflexible, ni una ambición brusca y no aspira á descolgar ni como hombre de ciencia, ni como patriota, ni como filántropo, ni como banquero, ni como inventor, ni como guía. Algo tiene de todas estas cosas á la vez; pero la dispersión de su espíritu, la multiplicidad enojosa, resultado de una educación sin ideales, es la que le perjudica más. Todo estaba en él en germen, pero no se ha cultivado nada.

No ignoro que del seno de esa juventud han surgido cerebros y voluntades que desmienten el proceso de que venimos hablan-

do. El gran empuje de la América latina data de ella. Si en todos los órdenes de la actividad triunfa un florecimiento fecundo, es debido en parte al esfuerzo ó á la sugestión de los que no gobiernan todavía. Ellos son los que han removido la existencia en las ciudades temerosas y prudentes y ellos son los que han hecho saltar del fondo de la raza las posibilidades de victoria que debían inundarnos. Pero después de reconocer la fiebre eficacísima de los menos, hay que dejar constancia de la incapacidad terca de los más. Los esfuerzos que aumentan el prestigio y el poder del hombre resultan inútiles ante cierta categoría vanidosa que sólo vive para parecer y no para ser. Alcanzar un empleo bien rentado es el programa supremo de los más bulliciosos y visibles. Un escepticismo fácil les da aureola. No creer en nada y erigir por encima de la vida múltiple una pobre personalidad hueca, parece ser el grito estentóreo de la sabiduría. La doblez que corrompe las costumbres cree alcanzar una victoria cada vez que pospone el bien á los intereses momentáneos. Pegar equivale á tener razón. Ser altruísta es ser neófito. Y no es aventurado decir que en muchos casos la falta de cultura y de punto de mira en el ideal malogra la savia fuerte que pudo vibrar al sol.

Entre los latinos y los anglosajones de América hay, en medio de tantas discrepancias curiosas, una increíble: cuando los anglosajones comprueban un mal, se apresuran

á ahogarlo sin pronunciar una sílaba; cuando nosotros descubrimos uno, nos lamentamos elocuentemente sin hacer nada para acabar con él. Parece que acariciamos el error, como si formara parte de una atmósfera útil. El orgullo radioso de saber que seguimos un gran conjunto, no nos hace reaccionar contra el vértigo. Estamos todavía en la etapa preparatoria en que las corrientes exteriores influyen sobre el ser mucho más de lo que éste logra influir sobre aquéllas. Tornadizos, improvisadores y perezosos, nos dejamos llevar por la vida en vez de darle rumbos.

Malicia y superficialidad

Otro vicio que puede ser contrarrestado desde las primeras crisis, en el seno mismo de la familia, es el que nos lleva á interpretar con malignidades simiescas toda palabra y todo gesto, creando una atmósfera asfixiante de burla, de pesimismo y de desconfianza. La superficialidad con que se juzgan los actos más nobles y la costumbre de esgrimir el insulto en vez de la flecha irónica, que es el arma de oro de los grandes, han dado nacimiento á una especie de disminución colectiva. La calumnia prospera y lo desmoraliza todo. La maldad hace ley. Y el tejido sutil de intrigas que obstruye el cielo azul barre y destruye la lealtad interior, que es la gloria de los férreos pueblos del Norte.

Dos instintos contrarios

Si la vida fuera menos flotante y si las clasificaciones no resultaran infantiles ó efímeras, me atrevería á decir que en el océano de las multitudes, viendo á través de la fachada, asoman siempre dos clases de hombres: los que *ven* y los que *recuerdan*. Estos pueden ser ministros, gendarmes, verdugos ó académicos. Aquéllos resultan indistintamente sabios, acróbatas, mecenas ó galeotes. Pero por sobre la altura y la pequeñez, por sobre las buenas y las malas obras, cada uno de estos grupos conserva una unidad sutil. Aquí predomina la disciplina, la minuciosidad y el acatamiento; allá la audacia y el odio á las convenciones. Y claro está que desde el punto de vista del carácter es más útil la independendencia del humilde contraamaestre que perfecciona un detalle de la labor común, que la pasividad brillante del alto funcionario lleno de títulos, cuya misión consiste en mantener en movimiento la vetusta noria. Poco importa que uno escale las cúspides y el otro permanezca ignorado. El renombre no es en suma más que un atavismo alimentado por los odios. El bien del conjunto, la belleza y el deber serán en épocas por venir barreras ó imanes más poderosos que el miedo ó la la felicidad de los aplausos ó las críticas. Lo que importa, de acuerdo con nuestra clasificación, en el caso que nos ocupa, es

la antítesis entre los dos instintos: el que impele á la iniciativa y el que aconseja la copia; el que señala, inspirado en sentimientos sanos ó en pasiones deleznable, un ser autónomo y el que refleja de una manera ilustre ó vergonzosa la sombra fría de los mármoles. Si miramos bien, comprendemos que es la indisciplina la que ha hecho nacer todo lo que nos ayuda á dominar el mundo. De suerte que lo que la patria en gestación está pidiendo son hombres que *olviden* y que *vean*: que olviden las formas extrañas de la cultura cuyo jugo se han asimilado ya y que observen los horizontes claros y los matices inéditos que les brinda nuestra América.

Hacia el porvenir

La América latina es quizá la promesa más alta que ofrece el porvenir al mundo entero. Un territorio que en un siglo de vida libre ha conseguido alcanzar la fabulosa prosperidad que comprobamos, tiene que reservar á sus habitantes—y á la humanidad toda sobre la cual irradia su producción—las sorpresas más puras y más inverosímiles.

Pero la fertilidad y el adelanto, lejos de ser un escudo, son un incentivo á la codicia de los imperios que se reparten los jirones del planeta. Para asegurar la floración futura, para que todas las victorias que duermen en el fondo de la raza puedan fructificar en un mundo regido por nuestra

omnímoda voluntad, fuerza será dar cima á la obra y poner á cubierto, en todas las latitudes y en todos los órdenes, la común independencia. Hay que contrarrestar las invasiones imperialistas que extienden su deseo sobre la tentación del Continente dividido, hay que reunir los trozos para formar el bloque donde se romperán las flechas y hay que medir el campo con la confianza de los que saben que la historia les pertenece y que la vida es dócil prolongación de nuestros músculos.

Si alguien moteja de *chauvinisme* este amor á la tierra en que nacimos, será porque no descubre las intenciones que me guían. La discordia es una catástrofe. Todos somos enemigos del empuje que arrastra á las multitudes á exterminar á otros pueblos y á extender dominaciones injustas á la sombra de una bandera ensangrentada; todos somos adversarios del empaque orgulloso que nos mece por encima de los demás hombres y nos hace mirar con desdén cuanto viene del extranjero; todos nos erguimos contra el culto de las supervivencias bárbaras que prolongan las costumbres de tribu ó de rebaño. Pero hay otro patriotismo más conforme con los ideales modernos y con la conciencia contemporánea. Y ese patriotismo es el que nos hace defender contra las inmiscuiciones extranjeras la autonomía de la ciudad, de la provincia, del Estado, la libre disposición de nosotros mismos, el derecho á vivir y gobernarnos

como mejor nos cuadre. En este punto no hay fórmulas. Los cerebros más independientes, los hombres más fríos, tienen que simpatizar con el Transvaal cuando se opone á la arremetida de Inglaterra, con Marruecos cuando se encabrita bajo la invasión de Francia, con la Polonia cuando, á pesar del reparto, tiende á reunir sus fragmentos en un ímpetu admirable de bravura, y con la América latina cuando contiene el avance del imperialismo que se desencadena sobre ella para ponerle un collar de protectorado y arrastrarla hacia el *trust*, hacia el prejuicio de raza y hacia la paradoja culpable de la dominación universal. Llegado el caso se esfuman las discordancias, y hasta los más intransigentes ideólogos tienen que unirse al enorme remolino de protesta, porque si admitiéramos en el orden internacional el sacrificio del pequeño al grande ó la opresión del débil por el más fuerte, justificaríamos en el orden interno la tiranía de los poderosos sobre los desamparados y proclamaríamos el triunfo de la fuerza y del egoísmo ancestral.

Todo nuestro esfuerzo tiene que tender á suscitar una nacionalidad completa y á rehacer en cierto modo, respetando todas las autonomías, el inmenso imperio que España y Portugal fundaron en el Nuevo Mundo. Para que las generaciones futuras no nos hagan el reproche de haber dormido de pie en tan grave momento histórico, necesitamos algo más que un patriotismo seccional

y mutilado, algo más que un orgullo intermitente y frágil. Interroguemos el fondo de nuestras almas. Qué hemos hecho hasta ahora en conjunto para preparar la vida de los que vienen? Cómo hemos utilizado en la tercera zona¹ el territorio, el clima y las circunstancias más favorables que haya conocido una colectividad? Cuál es el porvenir que nos espera? Urge que cada hispano-americano rehaga dentro de sí, con sus convicciones y sus razonamientos propios, el proceso de este libro,² que no es más que una voz que sale de la multitud. Hemos vivido de reflejo durante muchos años y es hora de que saquemos de nuestra entraña una doctrina, una concepción continental que responda, no á la quimera de lo que imaginamos ser, sino á la realidad de lo que somos. Sólo se llega al porvenir pasando por el presente, y no basta tener los ojos fijos en el sol: es necesario mirar las piedras donde posamos el pie. No nos dejemos seducir por el optimismo de los que ante la amenaza se embozan en su imaginación, como los tribunos romanos en su túnica. No nos dejemos intimidar por las incertidumbres que flotan sobre nuestra raza. El equilibrio es la mejor fuerza y las preocupaciones contra un grupo sólo duran hasta

¹ Que comprende estos países, según la clasificación del Autor: México, Centro América, Panamá, Cuba y Santo Domingo.

² Entiéndase *El Porvenir de la América latina*.

que éste reúne los medios necesarios para hacerse respetar.

Emprendamos en todas partes la obra de vencer á la Naturaleza, imponiendo de un extremo á otro del continente la marcha triunfal del hombre. Las florestas impenetrables, los ríos que desbordan, las montañas inaccesibles y hasta los hoscas volcanes que nos fulminan tienen que ser dominados al fin. Poco importan los obstáculos. Más emocionante que las batallas, más sangrienta que todas las hecatombes de la discordia internacional, pero mucho más gloriosa, es la lucha entre la especie y la creación, el duelo trágico entre la Naturaleza y el genio. Sin dar tregua al imposible, la raza humana ha ido destruyendo la distancia, contrarrestando la noche y luchando brazo á brazo con la muerte. Como un ser de carne, el planeta se ha desembarazado á menudo de sus parásitos. Pero nada resiste á la inteligencia. Después de apoderarse del subsuelo, como ya se ha apoderado del aire, la estirpe victoriosa acabará quizá por ahogar las últimas rebeliones, y dueña de un mundo indefenso, libertada de la timidez y del límite, trasportará su empuje á nuevos soles.

En nuestras repúblicas, en parte selváticas y tropicales, hay que añadir á la lucha contra los elementos indisciplinados la lucha contra la distancia y contra la inmovilidad de una parte de los habitantes. Después de disponer la vida de tal suerte que sea posible pasar sin brusca transición de

las costas á los lejanos territorios, habrá que destruir la antítesis que asoma entre las grandes capitales de aspecto europeo y ciertas comarcas de mentalidad colonial. Claro está que no hablamos de nivelar las costumbres de las poblaciones urbanas y rurales. En todos los grupos existen matices que son hijos de una diferenciación de la atmósfera. Pero lo que, á pesar de la inmigración cada vez más densa, se advierte á menudo en ciertas zonas, no es el contraste clásico entre las formas exteriores ó la actividad mental del porteño y del campesino, sino la falta de ilación y de concordancia entre la suprema civilización y los residuos bárbaros. Esta antinomia es la que conviene destruir ante todo, difundiendo la ilustración y haciendo que cada vez sea menos exacta la frase triste de Sarmiento:

«Da compasión y vergüenza comparar la colonia alemana ó escocesa y la villa que se forma en el interior: en la primera, las casitas son pintadas, el frente de la casa siempre aseado, adornado de flores y arbolillos graciosos; el amueblado sencillo, pero completo; la vajilla de cobre ó de estaño, reluciendo siempre; la cama con cortinillas graciosas, y los habitantes en un movimiento y acción continuos. Ordeñando vacas, fabricando mantequilla y quesos, han logrado algunas familias hacer fortunas colosales y retirarse á la ciudad á gozar de las comodidades. La villa nacional es el reverso indigno de esta medalla: niños sucios y cu-

biertos de harapos viven con una jauría de perros; hombres tendidos por el suelo en la más completa inacción; el desaseo y la pobreza por todas partes, una mesita y petacas por todo amueblado, ranchos miserables por habitación y un aspecto general de barbarie y de incuria...»

Para remover todo esto y para dirigir el gran empuje que debe cambiar el rumbo de la América latina, necesitamos hombres que se sacrifiquen, sin calcular las recompensas. Esas «almas frías que en las grandes conmociones no piensan más que en su sueño interrumpido ó en su fortuna deshecha y que cuando un gran cambio se prepara sólo atienden á preguntarse: «Qué ganaré con él?», equivalen dentro de la historia colectiva al hundimiento sigiloso de un muro que se disgrega sin que nada asome á la superficie. Cuando urge aprovechar la base para neutralizar una amenaza y sostener el resto del edificio, cuando en la improvisación de una defensa nos apoyamos de golpe en la iniciativa individual, bruscamente, sin que nadie lo adivine, se oye el crujido formidable y se desploma un mundo. Porque ser egoísta equivale en este orden de ideas á anajenar el propio porvenir en beneficio de un presente precario. En lo que toca á estos asuntos, el único egoísmo razonable es el que nos permite poner á salvo, no sólo nuestra fortuna, no sólo nuestra persona, sino los horizontes, las costumbres, el carácter, la nacionalidad,

las esperanzas, todo lo que por ser músculo, base ó atmósfera forma parte del hombre ó es condición ó complemento de él. Al garantizar la autonomía común y al contribuir á poner á cubierto la integridad material y moral de los que, nacidos de un mismo origen y atados á la misma tradición, ocupan los inmensos territorios que se extienden desde la frontera Norte de México hasta el mar Austral, cada hispano-americano no hará más que defender su propio ser y reclamar el oxígeno indispensable para su desarrollo. Porque los intereses generales y los particulares son solidarios en ciertos casos. Y como la independencia individual no es en resumen más que la síntesis de las independencias continentales, toda intrusión tiene que efectuarse en este caso no sólo en detrimento de la autonomía nominal de un país, no sólo en perjuicio de la libertad efectiva de los habitantes que en él encuentran la expresión de sus gustos y de su originalidad local, sino en desdoro de la grandeza y de la expansión futura del conjunto.

Pero no basta garantizar la autonomía en todas partes. Para que ésta sea algo más que una aspiración flotante, es necesario que traduzca el ímpetu de democracias vivientes, capaces de sacar de sí, en todos los órdenes, los elementos de su victoria. La prosperidad inverosímil, el progreso fantástico y el estado social superior de la Argentina, del Brasil, de México, de Chile y del

Uruguay, dejan sospechar lo que un gran conjunto regido por una doctrina única puede obtener en la gigantesca zona donde reflorece la tradición latina. Los atropellos y las disonancias tienen que ceder el paso á los debates serenos de una colectividad que renuncia á las audacias de forma para desarrollar mejor sus atrevimientos íntimos. La tarea que nos incumbe es de orden, de equilibrio, de esfuerzo oscuro. Hay que olvidar los gestos desmelenados, hay que invertir el orden de los factores para sacrificarse á la colectividad en vez de servirse de ella y hay que tener la inquietud constante de la obra que gravita sobre nuestros hombros. Basta de revoluciones, de dictaduras y de piraterías sociales. La América latina tiene que ser algo más que un campo abierto á todas las demencias de la ambición y del instinto. Si continúan los errores, las generaciones futuras sólo recogerán los escombros que habrá preparado nuestra obstinación fatal. Hay que reaccionar contra las cóleras y las languideces tropicales. Hay que cultivar los sentimientos generosos que se van ensanchando en órbitas concéntricas hasta abarcar el mundo. Hay que sentir el deseo, hacer cuajar la gran mole en fusión, para delimitar nuestras fronteras morales, suscitando una plataforma definitiva, y hay que renunciar, en fin, á las declamaciones. A la patria no se le ofrecen lirismos inútiles; la mejor manera de honrarla es hacerla cada día más noble, más

generosa y más grande, depurándola á medida que nos depuramos nosotros mismos.

Que cada hombre aspire á repetir lo que dijo Sócrates en un momento de la vida griega: «Yo no soy nada, pero mis palabras traducen el pensamiento de mis conciudadanos». Que en política, como en todo, sepamos enlazar los neologismos con los arcaísmos para imponer á unos lo que es necesario y negar á otros lo que todavía no es posible. Que gesticulemos á la altura del porvenir que nos espera. Y que lejos de adular á las multitudes, sepamos elevarnos cuando la razón lo exige hasta las cimas del desprestigio, porque comprender que la opinión nos abandona, ver que la base oscila, sentir que hasta los más adictos empiezan á dudar en torno nuestro y sin embargo avanzar, insistir, tener fe en las convicciones, ese es el verdadero valor.

Salvemos de un aletazo los engruimientos que nos desmigajan. Hay veinte repúblicas en la América española y cada una de ellas se cree superior á la vecina. Unas invocan su extensión, otras sus tradiciones, otras su cultura, otras su comercio. Todas quieren ser medidas por lo que valen aisladamente, al margen del bloque moral que las ata. Y sin embargo, ninguna tiene la solidez y el volumen de una nación inexpugnable. En vano esgrimen fusiles y cañones. Los baluceos bélicos no indican personalidad final. Bien sabemos todos que esas armas no resultarán nuestras hasta que sepamos construirlas

y que esos barcos no serán verdaderamente nacionales hasta que salgan con nuestra bandera de nuestros propios astilleros. Lo mismo ocurre en otros órdenes. Los productos del suelo fertilísimo no dejarán dentro del país todo su rendimiento hasta que logremos transformarlos y manufacturarlos sin traspasar las fronteras. Los pueblos, como los hombres, sólo son completamente independientes cuando se bastan en la medida de lo posible á sí mismos, y una nación no alcanza su virilidad triunfante hasta que extrae de sí los principales elementos que exige su desarrollo. No ignoro que la improvisación ha sido vertiginosa y que en cien años se ha impuesto á ciertas comarcas una metamorfosis. La distancia recorrida es paradójal. Sin embargo, aun en las regiones más prósperas, queda por hacer mucho más de lo que se ha hecho hasta el día. La suficiencia con que creemos poder competir con los más altos y el localismo que nos enceguece con superioridades ínfimas retarda el esfuerzo que debe completarnos. No pongo en duda la apoteosis. Creo que tenemos pulmones para escalar todas las cúspides. Pero la verbosidad con que nos maravillamos de la obra realizada, nos impide esgrimir la autocrítica para saber lo que nos falta aún. El orgullo nos ensoberbece. Y la tarea de coordinar el enorme grupo, de añadirle los órganos que exige, de graduar sus equilibrios y de desarrollarlo en toda su profundidad y en toda su extensión no absorbe

como debiera nuestras preocupaciones todas.

Claro está que nada puede cerrar el paso al porvenir. A pesar de los desfallecimientos y las grietas, la América latina tiene que elevarse hasta el triunfo, empujada, como todas las fuerzas históricas, por la rigidez de su destino. Dentro de la colectividad existe el germen que renovará el aspecto de las diversas repúblicas, el soplo vivificador que empuja y alza, el elemento indócil que todo lo toca, que todo lo discute, que á todo se atreve, que tiene la flexibilidad y el ímpetu de lo que nace, y que se llama la juventud. Èse es el brazo invencible que defenderá los fueros del terruño y ese es el motor de las proezas que el porvenir ya dora. Inspiradas en las fuentes más puras, mordidas por un deseo salvaje de vencer los obstáculos y arrasar los imposibles, rehechas por el estudio y por los viajes y obligadas al heroísmo por la necesidad de vivir y de desarrollar su acción en su propio ambiente, las nuevas generaciones empiezan á estar preparadas, en su *élite*, para realizar en pocos años el esfuerzo histórico que el destino parece exigir de ellas. Los más profundos abrigan ya la convicción de que es necesario remover el medio. Los más activos alimentan la esperanza de que la obra es inmediatamente realizable. Y no está lejano el día en que todos se hallarán bañados y engrandecidos por el ideal, de tal suerte que parecerá que, después de captar

los manantiales de la luz, se han transformado en luz ellos mismos.

Por eso ha de ser fácil abrir una era de solidaridad y de cordura, determinando un acto de fe en los destinos inquebrantables. Una gran liga de la juventud hispano-americana que haga un llamamiento á las universidades, al ejército, á las industrias, á los partidos avanzados, al arte, al periodismo, á todo lo que vive, y que apoyada en la identidad de origen, en las simpatías de la Europa latina y en la conciencia de una diferenciación fundamental, pese sobre los gobiernos, intervenga en los conflictos, corrija los errores, difunda la cultura y agite por encima de las fronteras el estandarte de la Confederación moral, tiene que obtener los sufragios de todas las inteligencias y todas las voluntades que hoy se ahogan en el ambiente desmoralizador de las patrias impotentes y fraccionadas. Cambiemos los rumbos de nuestra política, modifiquemos el espíritu de las costumbres, depuremos los ideales colectivos, favorezcamos las corrientes últimas, levantemos, en fin, el nivel moral de nuestra América, y cuando los años nos agobien y nos inmovilicen en medio del mundo victorioso que habrá nacido de nuestra voluntad serena, podremos decir quizá como Horacio: *Non omnis moriar*, no moriré completamente. Bajo una cúpula de gloria el Nuevo Mundo latino se habrá elevado á la altura de las razas que al negarse á desaparecer y al salvaguardar sus distin-

tivas, defienden, con su concepción de la libertad y del progreso, un fragmento indispensable del alma universal.

Amazona

Llevas la bota ceñida,
la falda suelta y severa,
y en un mechón recogida
como serpiente dormida,
la dorada cabellera.

Tiembla impaciente el corcel
bajo el mandil con corona,
pero tú saltas sobre él
y le acaricias la piel
con el traje de amazona.

Tu cuerpo frágil se arquea
como el tallo de un rosal,
y cuando el potro escarcea,
lo dominas á tu idea
con la espuela de metal.

Rutila bajo el ramaje
tu sombrerito de copa
y das encanto al paisaje,
porque eres en ese traje
la más gallarda de Europa...

Tu mano nerviosa y fina
que bajo el guante hormiguea,
tiene la rienda y domina,
porque es mano femenina
y, aun hiriendo, lisonjea...

Y cuando el noble animal
se arranca en un torbellino,
tu cuerpo primaveral
parece el sueño triunfal
de un artista florentino.

El Taller

Sangra sobre los vidrios un sol en agonía.
La sombra en grandes manchas inunda los divanes.
Y en el taller estrecho donde el pintor se hastía,
galopan incorpóreas legiones de titanes.

Monótona y serena, la gran Melancolía
le finge perspectivas bordeadas de arrayanes
y, en el desmayo lento con que se muere el día,
naufrajan incoloras bandadas de faisanes.

Desnuda la modelo, como una Venus griega,
desde la enhiesta cumbre de su impudor sonrío,
y en un lecho de sombra con languidez se entrega.

El sol, para dorarla, su última flecha arranca,
y corre la mirada de luz que se deslío
como una pluma de oro sobre la carne blanca.

La Muerte

Es un mar. Mudas las Parcas
lo presiden desde el fondo.
Es un mar confuso y hondo
donde se hunden, impelidas
en vorágine, las barcas.

Es de noche. Entreteñidas
de sangrientos tonos rojos,
son las olas grandes ojos
que florecen una alfombra
que se teje con las vidas.

Es un mar. Ebrio de sombra
por su cauce, rudo ó lento,
manso ó loco, pasa el viento
y, ora dulce, ora con saña,
ora indócil, gime y nombra.

Es un mar de forma extraña.

*

Y ay, del vivo! En la pavora
de la negra noche espesa,
hay un alma que atraviesa
como triste y como eterno
peregrino de locura.

Gime y llama en el invierno
del dolor, en las tranquilas
aguas hunde sus pupilas,
y pasea en el vacío
su fiebroso álito enfermo.

Sin saberlo, ente sombrío
de recuerdos y de amores
deshojando va sus flores,
y en la noche pavorosa
el poeta siente un frío...

Y es la tumba de una esposa.

De hierro

Los potros que en la Pampa sin confines
sacuden la tormenta de sus crines,
las rocas de granito seculares
labradas por la espuela de los mares,
los nobles campanarios macilentos
que tiemblan al azote de los vientos,
no sufren lo que sufren en la lidia
los que bajo el ataque de la envidia
desprecian la amenaza de las muertes
y no pueden odiar porque son fuertes.

Como animales que un ciclón ahuyenta
corren entre jirones de tormenta
con lengua de serpiente en las gargantas
los heraldos del mal bajo sus plantas,
y ellos tranquilos, altos, intangibles,
como crestas de ideal inaccesibles,
mudos, ensimismados y serenos
—porque sólo los tristes son los buenos—
dejan flotar al viento que la irisa
la bandera triunfal de su sonrisa.

Claro de luna

Altas y melancólicas virtudes
velan junto á la tumba de mi amada,
y sobre su ataúd pone la luna
una corona de sonrisas blancas.

De los cipreses lúgubres y escuetos
que en el silencio se me antojan almas,
parece que bajara lentamente,
como un escalofrío, la Esperanza...

Será verdad que ha muerto la divina
musa de luz que la ilusión me daba?
Será verdad que ha muerto la que tuvo
síntesis de universo en la mirada?

Sobre la losa lúgubre y silente
ha caído la flecha de una lágrima,
pero no me responde desde el fondo
para consuelo de mi angustia, nada.

Sin embargo, en las noches apacibles
que recuerdan las horas de la infancia,
resurgen las burbujas cristalinas
de los primeros juegos de palabras.

Y desde los cipreses pensativos
que en el silencio se me antojan almas,
parece que bajara lentamente,
como un escalofrío, la Esperanza...

Los obreros

Bajo la aurora roja que clarea,
por el camino blanco de la aldea,
desfilan los obreros en cuadriga...
resignados y mudos, los colosos,
dejan colgar los brazos poderosos
al azar de la marcha y la fatiga...

Tienen perfiles anchos y salientes,
el cabello les cae sobre las frentes,
las espaldas son bloques de cantera,
y cuando están dispersos y distantes
se recortan al sol como gigantes
que marchan al asalto de una hoguera.

Ante ellos, entre tules de neblina,
alzan las chimeneas de la usina
sus dos brazos de sangre coagulada,
y en la amarga tristeza del paisaje
aquella oscura muchedumbre en viaje
parece una gran fuerza maniatada.

Deja tras ella muerto el caserío
donde tiritan de dolor y frío
las mujeres, los niños, los ancianos...
... Al obrero que vuelve la cabeza
se le anegan los ojos de tristeza
y se le crispan sin querer las manos...

Pero por sobre el ala de amargura
que cubre como un techo la llanura,
flota una claridad deslumbradora...
Es la esperada redención que viene:
entre las manos, como cetro, tiene
las fulgurantes llamas de la aurora.

Y la oscura y doliente caravana
entonando los cantos de mañana
entra á su negra cueva de dolores,
como una tempestad hecha poeta
que estallará al final sobre el planeta
en una colosal lluvia de flores.

La voz del pueblo

Fuimos la enorme y funeral canalla,
la que en los vastos campos de batalla
derrama delirando su heroísmo
para que triunfe el rey que la avasalla

y viste su rencor de patriotismo;
fuimos la enorme y funeral canalla
que ofrece su sonrisa á la metralla.

Fuimos la multitud ciega y vencida
que de los campos y los bosques cuida;
la que en los rudos llanos sin desdoro
para engordar al grupo que la olvida
prepara el fruto y las espigas de oro;
fuimos la multitud ciega y vencida
que muere de hambre y que reparte vida.

Fuimos la oscura plebe fascinada
que en la nave del templo arrodillada
se resigna al horror de su destino,
y que ante el oropel de la fachada
inclina su humildad y abre camino;
fuimos la oscura plebe fascinada
que adora la injusticia consagrada.

Fuimos el triste y colosal rebaño
que entorpecido por un sueño extraño
construye los palacios inauditos,
el que sufre y trabaja todo el año
para aumentar el bien de los ahítos;
fuimos el triste y colosal rebaño
sumido en las tinieblas de su engaño.

Fuimos el nervio, la pasión, la brava
bestia que arrastra el peso que la enclava,
la que aparta los montes, el atleta
que con potentes músculos socava
las oscuras entrañas del planeta;
fuimos el nervio, la pasión, la brava
fuerza dueña del mundo y de él esclava.

Pero hoy aquella sierva escarnecida
á los esclavos del dolor convida
á conquistar con su porción de holgura
la gloria inmarcesible y merecida
de hacer del mundo un oasis de ventura;
pero hoy aquella sierva escarnecida
puede, en un gesto, renovar la vida...

Vamos hacia la cumbre donde ondea
el estandarte rojo y nuestra idea...
Vamos á libertar á los humanos
y á difundir la aurora que clarea
sin tasa para todos por los llanos...
El estandarte que en la cumbre ondea
signo de paz y de concordia sea!

Sol de sangre

Por inmensos caminos solitarios,
huyendo de ignorados campanarios,
los peregrinos van—faltos de aliento.
Y de aldeas siniestras y lejanas
les saludan, al paso, las campanas,
con notas que cabalgan sobre el viento.

El horizonte bajo el sol se dora,
manchado por la sangre de una aurora
que se teme á la vez y que se espera;
las nubes se amotinan y se empujan
y, como buitres, al huir, se estrujan
en el espanto de la noche huera.

Tiembla y cede la tierra bajo el peso,
se abre un abismo en el dintel del beso
y todo es sepulcral, como una luna;

sólo se oye el rumor sordo y la queja
de aquella muchedumbre que se aleja
con fatigas de mar, hacia su cuna.

En la sangre del sol busca su origen;
torvos y extraños sentimientos rigen
su reflujo fatal hacia la aurora;
y jadeante, vencida y sin aliento,
se arrastra, latigueada por el viento,
royendo el amargor que la devora.

Y mañana al triunfar, cuando derribe
la absurda sociedad que la proscribiera,
brillará como un sol á nuestros ojos.
Sus pupilas extrañas y dementes,
empapadas en púrpuras ardientes,
parecerán dos corazones rojos.

Sus manos, impacientes de batalla,
removerán la gigantesca hornalla
donde alimenta el sol sus encarnados
y, en la ruda apoteosis del incendio,
la plebe se alzaré como un compendio
de todos los sollozos ignorados.

(Vendimias juveniles)

Las campanas de Burgos

Así que acabé de escribir las cartas que quería despachar por el correo de la noche, bajé también y me lancé á la calle.

...Las torres de la catedral se perfilan sobre el cielo claro como dos grandes andamios de sombra. Por las aceras no encontramos más que clérigos y soldados. Las gentes tienen caras huesudas y hundidas, que están en consonancia con los callejones y pasadizos sepulcrales y lúgubres de la población. Pasamos bajo el arco de Santa María, y por la calle de la Paloma llegamos á la catedral, cuyos detalles arquitectónicos desaparecen en la noche. Es como un monstruo acurrucado en las tinieblas, detrás del cual se esconde y reaparece la luna. Se me antoja que la sombra de sus campanarios es mortal como la de ciertos árboles, y que si nada prospera en torno, es porque el monumento irradia no sé qué maleficios sobre todas las espigas. Entramos por la abertura negra recortada en el inmenso portal, y después de separar varias mamparas nos encontramos en la altísima nave gris, al fondo de la cual arde una constelación de cirios. Las devotas, vestidas de negro y encorvadas sobre sus devocionarios, repiten de tiempo en tiempo, simultáneamente y en tropel, la oración que un cura les dicta desde el púlpito. Las voces resuenan de una manera lúgubre, y después de extinguidas dejan

bajo las bóvedas un eco desconsolador que rebota y persiste como un ánima en pena. Nos creemos trasportados á aquellos siglos en que las multitudes se arrodillaban en las plazas y las inmensas catedrales surgían de la tierra y se improvisaban casi por el esfuerzo común de una ciudad en delirio. Las mujeres que entran al templo me hacen recordar el «bèguinage» de Bruges y los cuadros llenos de languidez agonizante que describió Rodenbach en su libro célebre. De dónde vienen esos seres quiméricos que resbalan con paso menudo, hacen genuflexiones ante los altares y se escurren y desaparecen en el mar de cuerpos encorvados que obstruyen el centro de la nave? Qué mentalidades llevan? Sus fisonomías no tienen el reposo y la placidez de los justos, sino expresiones torturadas y angustiosas, como si estuvieran aterrorizados por la obsesión del infierno. A cada instante se sigan, como si quisieran conjurar un peligro que las persigue. Más que una asamblea de elegidos, que debiera respirar la tranquilidad y la confianza, me parece aquello un conventículo de brujos que respiran la inquietud y el dolor por todos los poros del alma... El clamoreo de las oraciones sigue elevándose en rachas que alternan con la voz ronca y solemne del oficiante... Hace frío... Se diría que nos hallamos en ignoradas catacumbas celebrando ritos de hechiceros que se obstinan en su demencia. Cuán lejos de la sana y fresca tranquilidad de los

que están de acuerdo consigo mismos! Parece que la luz se apaga en las almas ante tan horrendo espectáculo de fatalidad y de sombra. El hombre moderno se ahoga en ese mundo vencido, donde parece que todo es aniquilamiento, tristeza, muerte infinita... Volvamos á las calles, volvamos á codearnos con lo que vive...

Pero son las siete, y las calles están solas...

Qué es lo que ocurre en la ciudad?

No se oye más que el llamar monótono de las campanas de las iglesias y el toque de clarín de los cuarteles.

Parece que todos los habitantes han muerto y que sobre la desolación universal sólo reina el resopso de las lenguas de bronce y las dianas de los guerreros que se alejan después del exterminio...

(Visiones de España)

El curandero

Benito Marcas vivía en las afueras del pueblo de Tapalqué, en una de esas casuchas mezquinas, improvisadas con escombros y sostenidas por troncos de árboles, que son en América la única morada del indio vencido y maniatado por la civilización.

Á ambos lados de los caminos, que la lluvia convierte en aguazales, y que sólo dejan un paso en la orilla, junto á los cer-

cos de tuna, se ven de trecho en trecho las viviendas de los antiguos reyes de la Pampa. Á un costado de la choza, sobre un triángulo de hierro bajo el cual chisporrotean los troncos, está la olla que humea ó el calentador donde hierve el agua destinada al mate ¹. Pocos pasos más lejos, el caballo pequeño de ancas flacas y costillas salientes. Alrededor de él, atraídas por el estiércol, las gallinas que picotean y se agrupan, hasta que las dispersa un movimiento del animal, que se defiende de los mosquitos con un chasquido de la cola. En esta decoración semisalvaje, bajo los rayos del sol que cuece la llanura, dormita generalmente una familia de harapientos. Los hombres son casi siempre altos y fuertes, de tez cobriza y ojos altivos, visten botas con espuelas, cinturón, sombrero de alas anchas y un gran cuchillo al cinto. Las mujeres llevan trajes de percal y un pañuelo atado á la cabeza. Á veces hay dos ó tres niños descalzos, que juegan ó se disputan. Y los grupos, llenos de resignación, sentados en círculo alrededor de la lumbre, conversan perezosamente, absorbiendo por cánulas de metal el jugo oloroso de la hierba mate.

Benito Marcas pertenecía á una de esas familias de indios dóciles, que fueron los primeros en ceder á la invasión. Del carácter nativo solo conservaba la ingeniosidad,

¹ Infusión de hierba que se toma en una calabacita y se aspira con un tubo metálico.

que le permitía medir las distancias á simple vista, conocer los hombres por las huellas del paso y sorprender las virtudes de las plantas.

No tenía, como su vecino Juan Pedrusco, esa irritabilidad que, á pesar de todas las tiranías, subsiste aún en algunos como una reminiscencia de la bestia libre. El carácter de Juan Pedrusco era desconfiado y quisquilloso; el de Benito Marcás era franco y afable. Éste se había dejado ganar por la civilización, resignado á su papel de vencido; aquel conservaba sus cóleras.

Cuando las tribus rebeldes que el ejército acosaba conseguían llegar hasta la población, saquear las iglesias y huir con el producto del robo en una cabalgata loca por la Pampa, los ojos de Juan Pedrusco resplandecían de gozo. Benito Marcás veía el malón¹ con enfado, y explicaba en su jerga semiespañola que aquellas luchas eran criminales y que valía más tener juicio.

Ambos trabajaban durante la época de la esquila en las haciendas comarcanas. Pero en los meses de descanso, mientras Pedrusco tejía laboriosamente sus cinturones, Marcás erraba por la llanura, recogiendo las raíces misteriosas que sólo él sabía distinguir. Del tronco de los árboles ó de la maleza que crecía al borde de los pantanos,

¹ Grupos de indios semisalvajes que suelen entrar en los pueblos arrasando lo que encuentran á su paso.

extraía algunos medicamentos que, combinados, según fórmulas heredadas de su padre, servían para curar más de una dolencia. Las gentes le llamaban el curandero, y él se dejaba llamar así. Por aquel tiempo sólo había un médico en Tapalqué. Y los campesinos preferían los conocimientos del indio á las drogas de la farmacia, quizá porque imaginaban en aquéllas no sé qué extrañas virtudes de brujería.

*

La primera idea de Juan Pedrusco, cuando su mujer cayó enferma, fué ir á casa de Benito Marcas y exponerle el caso. Y no es que le agradase la idea de encontrarse con aquel vecino. Marcas había cortejado en su juventud á la mujer de Pedrusco, y éste no había olvidado la aventura. Es verdad que ella era entonces soltera, es verdad que había despedido al pretendiente para unirse con Pedrusco; pero todo ello no le impedía sentir cierto escozor al pronunciar el nombre de su rival. Marcas se había casado después con otra mujer y el tiempo había desvanecido la ojeriza. Pero sólo una enfermedad pudo decidir á Pedrusco á dar aquel paso.

Después de algunas vacilaciones hizo chasquear su rebenque sobre las ancas sucias de su caballo, y se lanzó al galope por el camino que las últimas lluvias habían hecho intransitable.

Las puntas del pañuelo rojo que llevaba al cuello flotaron al sol como mariposas sobre las espaldas macizas del indio. Bajo el sombrero de alas anchas brillaron sus pómulos salientes, su frente estrecha y sus dos ojos bestiales y esquivos, que tenían el resplandor fugaz de una navaja que se esconde.

Cuando llegó á la vivienda de Marcas saltó ágilmente, abandonó las riendas sobre el cuello del animal y entró. Como nadie salía á recibirle, llamó con las manos y pronunció el saludo de rigor:

—Ave María...

Una india joven y hermosa asomó por la puerta y sonrió al recién llegado.

Marcas salió en seguida muy afable. Era un hombrecillo pequeño, de fisonomía melancólica, uno de esos indios de selección á quienes sólo ha faltado la escuela para competir con el civilizado. Tenía ojos muy vivos, rasgos regulares, y en el corte de la boca cierto sello de distinción y aristocracia.

La tarde era espléndida, y el campo extendía su planicie interminable, salpicada de trecho en trecho por una vivienda mezquina, un grupo de animales ó un jinete que desgarraba la línea del horizonte con su silueta de centauro...

Marcas y Pedrusco se pusieron en cuclillas junto á la fogata donde hervía el calentador y comenzaron á absorber sendos mates.

El contraste era curioso. Ambos tenían alrededor de cuarenta años; pero mientras

Pedrusco mostraba una cara vulgar, de rasgos duros, y un cuerpo sólido de atleta primitivo, Marcas denunciaba una naturaleza más delicada, más perfecta, como si aquellos dos sobrevivientes de una nación prolongaran después de la catástrofe sus anteriores jerarquías.

Pedrusco aceptó un cigarrillo, y explicó los síntomas de la enfermedad.

El mal no había sido al principio más que una inflamación sin importancia en el brazo derecho, una ligera molestia para accionar, y á veces un dolor agudo y prolongado. Pero la enferma adelgazaba, tenía fiebre y perdía el apetito y el sueño. Los rasgos de su fisonomía se alteraban. El brazo estaba hinchado; la piel, tendida y brillante. El día anterior se le había abierto una llaga á la altura del codo. Y á la sazón se encontraba sin poder trabajar, ni moverse.

Marcas pareció reflexionar. El asunto era más serio de lo que Pedrusco suponía. Tras un último mate, que absorbió de pie, ensilló su caballo y partieron.

*

La noche comenzaba á caer sobre la Pampa, y bajo el cielo lleno de nubes reinaba esa silenciosa solemnidad de los crepúsculos de América. La tierra, ensangrentada á trechos por las últimas llamaradas del sol, se confundía en el horizonte con las nubes. Y la humareda del atardecer subrayaba la

tristeza de los árboles solos, de las casas pobres y los caminos desiertos, donde resonaban de una manera siniestra los relinchos salvajes de los caballos.

La choza de Pedrusco no estaba á mucha distancia de la de Marcas, y consiguieron llegar antes de que cerrara la noche.

En una habitación gris y mal oliente, que servía al propio tiempo de comedor y de alcoba, se amontonaban los pocos muebles en ruina que componían el ajuar del matrimonio. El techo era tan bajo que casi lo rozaban las cabezas. El piso era de tierra blanda. La enferma, una india fornida, joven aún, cuyo rostro contraído denunciaba á pesar del sufrimiento una energía salvaje, estaba acostada sobre un jergón, envuelta en algunas ropas...

Marcas cogió la vela de sebo que ardía sobre la mesa y la acercó á la cama. Los cabellos negros y lacios de la mujer tomaron un reflejo azul bajo la repentina claridad. Haciendo un esfuerzo brusco, se irguió; y sin levantar los ojos para ver al recién llegado, sin articular una palabra, con una lentitud glacial, descubrió su brazo desnudo y libre donde, á la altura del codo, supuraba una fístula.

Marcas se puso de rodillas junto al lecho para ver mejor. Sus dedos huesudos oprimieron la llaga y brotó una veta de pus amarillo... Después se apoyó sobre el hombro, y la enferma contuvo un lamento...

Cuando salieron al campo, que la luna

bañaba completamente, Pedrusco quiso hacer una pregunta; pero Marcas se lo impidió y le llevó más lejos, para que la enferma no pudiera oír...

—Es un tumor maligno—dijo en voz baja.

Y explicó cómo se producían esas infecciones que atacan á la sangre y que un golpe ó un trabajo exagerado hacen salir á la superficie. El mal no está en la piel, sino en la cavidad de la articulación, que se inflama primero, se llena de agua después y acaba al fin por ulcerarse...

El indio miró al curandero con inquietud.

—Pero pasará...—dijo—como si todas aquellas explicaciones fueran ociosas.

—No lo sé—repuso Marcas pesaroso—; si el mal no está más que en el brazo... seguramente...; pero si el mal está en todo el cuerpo...

Pedrusco levantó los ojos con sorpresa. Cómo? No era posible cicatrizar esa pequeña llaga del tamaño de la yema de un dedo? No había un cocimiento ó un emplasto para combatirla?

En su cerebro de primitivo nació la idea de la traición. Un curandero que se había hecho famoso en la comarca por sus habilidades, no podía ignorar la manera de acabar con un mal tan secundario. Le asaltó el pensamiento de que Marcas quería vengarse de su derrota en amor.

Entonces trató de insistir, de arrinconar al adversario y de obtener una promesa...

—Pero tú sabrás curarla...—dijo, buscando en la noche los ojos de su antiguo rival.

—Haré lo que pueda—contestó el curandero, subiendo de un salto á su caballo y disponiéndose á partir.

—Harás lo que quieras...—pensó el indio caviloso, en quien aquella rápida sospecha se había hecho carne.

Marcas, que era perspicaz, adivinó la situación y se alejó lleno de amargura. La mujer de Pedrusco, con la que sólo había tenido un rápido devaneo hacía más de quince años, le era completamente indiferente. Casado y padre de dos hijos, su vida había tomado otro rumbo. Apenas recordaba, en las lejanías de su juventud, la contrariedad pasajera de un rechazo que olvidó muy pronto, y que no había lamentado nunca. Pero le lastimaba la idea de que pudieran creerle capaz de aquella infamia...

*

Sin embargo, al día siguiente llamó muy de mañana á la puerta de la choza de Pedrusco. Traía algunas hierbas que, según él, debían producir un efecto cáustico. Con una dignidad llena de reserva las dispuso y las cocinó lentamente en un hornillo. Después lavó y vendó la llaga, hizo algunas recomendaciones y se fué, tratando de evitar las preguntas y las exigencias de su vecino.

Durante una semana se presentó todos los

días á la misma hora y ensayó diversos cocimientos que no dieron resultado. La fístula se agrandaba cada vez más, la debilidad de la enferma era mayor y la parálisis parecía apoderarse de todo el cuerpo. En vano echó mano el curandero de todos sus recursos. Las pomadas y los emplastos eran anodinos. Aquella medicina primitiva, basada en tradiciones y auxiliada por emolientes, no podía intentar una lucha contra un cáncer blanco que el mejor médico no hubiera podido cicatrizar.

Pedrusco le detuvo una mañana al salir y le habló brutalmente. Qué medicamentos eran esos que sólo conseguían empeorar la enfermedad? Se imaginaba él acaso que era posible jugar así con una vida? Él, Pedrusco, no estaba dispuesto á tolerarlo. Quería á aquella mujer y sabría defenderla.

Marcas trató de explicarse y de prevenir las cóleras. Confesó su impotencia ante un mal incurable. Dijo que había hecho cuanto era posible. Y comprendiendo el drama que hervía dentro de aquel hombre, resolvió no volver. Desde ese día evitó encontrarse con Pedrusco y siguió hilando en la soledad su pobre vida oscura de ser intermedio entre la civilización y la barbarie.

*

Pasó un mes y Marcas no pudo olvidar el incidente.

Una noche en que se había acostado más

tarde que de costumbre, creyó oír un ruido en las cercanías de la choza. El perro lanzaba ladridos inusitados. Parecía que alguien trataba de llegar hasta la habitación...

Marcas impuso silencio á su mujer, empuñó su largo cuchillo de campaña y aguardó en la sombra...

Hubo un momento de silencio, como si el que venía hubiera vacilado un instante ante la puerta cerrada.

El curandero tuvo, sin saber por qué, la intuición de una venganza de Pedrusco. Se resignó á todo. No había medio de huir. La única salida era la puerta, y detrás de la puerta estaba el peligro.

Una mano vigorosa trató de hacer saltar la cerradura, que resistió más de lo que Marcas esperaba. Cuando el obstáculo cedió al fin y la puerta se abrió de golpe, los dos hombres se encontraron frente á frente iluminados por el mismo rayo de luna...

Marcas hubiera querido explicarse, convencer, gritar la verdad, que le saltaba en la garganta; pero una palabra despertó en él todos sus atavismos.

—Cobarde!—le había dicho Pedrusco al verle vacilar.

Y no pudo contenerse...

Los dos indios se precipitaron en un choque feroz que juntó los cuerpos, enroscándolos en una sola dentellada del instinto. Los brazos forcejearon hasta crujir, y Marcas, más débil, cayó... Entonces Pedrusco, que

había quedado de pie, le clavó el puñal tres veces.

Sólo se oyó un gemido... uno solo... y reinó una gran quietud en la solemnidad de los llanos. La luna, helada y redonda, vertía un resplandor celeste sobre la tierra dormida. Se hubiera dicho que nada había ocurrido, y que la escena fué una visión que la claridad desvanecía en su triunfo.

Cuando Pedrusco se disponía á huir, sonó un disparo de arma de fuego que partía del fondo de la pieza. La mujer de la víctima trataba de vengarse; pero sus manos eran torpes y el asesino logró escapar. La india, al correr tras él, sólo vió la silueta de un jinete que se perdía en la noche. Era la fuga de la barbarie por los campos sin límites, que extendían su silencio como una eternidad.

(Cuentos de la Pampa)

La hueste negativa

En una estación donde el tren se detiene mucho tiempo, bajamos á dar un corto paseo. Es una población pequeña de casas chatas. No sabiendo qué hacer, leemos los letreros que hay sobre algunas puertas: «Drogas de R. Monecal Morés», «Escuela de párvulos de la Virgen Santísima de la Medalla Milagrosa», «Hotel de la Paloma de José González»... Después un gran cartel:

«Chocolates del Sagrado Corazón». Pero un chiquillo se acerca y nos propone guiarnos. Es un muchacho inteligente que maravilla con sus reflexiones.

—La ciudad data del siglo XII—me dice— y fué fundada sobre las ruinas de una población romana cuyo nombre se ha perdido. Fué un error construirla en este lugar, que es uno de los peores de la provincia. Sólo que...

—Pero—interrumpo—cómo sabes tú que la situación es desfavorable?

—Como se saben esas cosas— me contesta clavándome sus grandes ojos bien despiertos—; viendo lo que pasa. No ha reparado Ud. en lo mal que anda todo esto?

Después nos muestra el castillo de Enrique de Trastámara, nos hace atravesar un riacho de aguas turbias, nos lleva á una ermita... Pero llega la hora de volver á la estación y nos separamos con sentimiento.

—Abur—nos dice metiéndose en el bolsillo del pantalón las monedas que le acabamos de dar — y si pasa Ud. otra vez por aquí, pregunte por Paco, que ya le dirán dónde estoy.

Nosotros nos alejamos pensando en las contradicciones que ofrece España. En cada una de esas poblaciones dormidas, donde parece que todo ha concluido, hay centenares de muchachos como el que acabamos de ver. No es que la raza esté fatigada como algunos dicen; es que está ahogada por los que tienen interés en que nada viva. Abranse

las puertas, déjese á cada cual su independencia, su iniciativa, su personalidad, y tornará la primavera y volverán á brotar flores. Lo que impide el progreso es el egoísmo de los que por defender las situaciones adquiridas sacrifican el bien general, y persiguen á los hombres nuevos hasta obligarles á callarse ó á huir... En todas las poblaciones parece que hubiera una conspiración contra el pensamiento. No se persigue á las gentes abiertamente como en otros tiempos, pero se las sitia, se las hostiliza disimuladamente, hasta que acaban por rendirse, unas veces por hambre, otras por cansancio. El conservatismo reinante soporta de mal grado toda tentativa de argumentación. Hay que aceptar todo lo que existe tal y como está. Hay que someterse en un todo á lo establecido. El vicio de pensar resulta el peor vicio de todos. Bien está que las gentes sean criminales; pero que piensen, eso sí que no está permitido. Cuando el pobre lo intenta se le dice: «Eso está bueno para los ricos». Cuando el rico por excepción quiere hacerlo, se le argumenta: «Usted no tiene necesidad; esas son cosas para los pobres». Y los años corren y huyen sin que nada se mueva en las ciudades. Los hombres que mueren, son sustituidos por otros, y todo sigue en el mismo estado. Ay de aquél cuya voz desentone! O tiene que emigrar á los grandes centros donde sólo se le puede combatir con medidas oficiales y públicas, ó tiene que acabar por abjurar su

verdad, aunque al hacerlo murmure entre dientes: *E pur si muove*. La consigna es dormir. Cerremos los ojos. Si alguien tiene ideas, que las esconda bajo llave. Su situación y su porvenir dependen de su silencio. Quieres hablar, imprudente? Pues vete á Madrid, á Barcelona, á Valencia, á Bilbao, á las *ciudades perdidas*. Aquí, en el pueblo, no darás ese escándalo. Acuérdate de tu padre. Sintió él acaso la necesidad de tener ideas? Vive como él. No rompas con la tradición de la familia. Mentecato! Crúzate de brazos para ser feliz. Y con ayuda del tiempo, que á menudo roe nuestros ímpetus y nos hace accesibles á la cobardía, la negativa hueste triunfa...

.
(*Visiones de España*)

El Palacio de las Flores

Es un monstruoso invernáculo que, recuerda el palacio de Sydenham, muy alto, muy elegante, muy majestuoso, en el que nos sonríen todas las plantas y todas las flores conocidas. Desde la puerta nos ahoga una fragancia inquietante, que hace pensar en la voluptuosa fantasía de aquellos románticos de la segunda mitad del siglo último, que en las novelas y hasta en la vida real se suicidaban con flores, en la atmósfera tibia

de los invernáculos. Hoy somos, por fortuna, demasiado siglo XX para aplaudir esas enfermedades del capricho; pero la imaginación, que tiene travesuras inconfesables, se complace en sugerirnos todavía la idea de cerrar las puertas, dejarse caer sobre las almácigas, y emborracharse, enloquecerse y agonizar con los perfumes, hasta quedar inmóvil, con el rostro escondido entre un manojo de nardos.

Nada más extraordinario que esta Exposición de flores, donde todos los matices y todas las variedades están representadas por ejemplares casi perfectos. Para los apasionados de la horticultura, que ven en ella una ciencia y un arte, no hay nada que pueda igualar el encanto de esta sección. Podrán algunos ridiculizar la pasión por las flores. Pero... si casi todos juzgan razonable que haya gentes dedicadas á coleccionar sellos, pipas ó medallas, por qué no se ha de tolerar que otros se empleen en cultivar y amar las flores, siendo así que ellas simbolizan tan exactamente nuestras pasiones y nuestra vida que, cuando las desgajamos para hacer un ramillete, parece que estuviéramos viviendo? Hay más de una persona que posee gran biblioteca sobre horticultura, y estudia largas horas con el fin de descubrir combinaciones nuevas. Los que dedican un día á buscar un ejemplar raro de anémona, son quizá más razonables que los que lo emplean en perseguir una vieja edición de Racine: porque en buena ley natural, va-

len más los productos de la tierra que los del hombre, y es menos ingrato el estudio de las flores que el de los caracteres. *Le Temps* publica de tiempo en tiempo unas «Crónicas de la huerta», que un viejo escritor, reñido con la ciudad, le envía desde una quinta alegre de los alrededores de Cannes; y nada es más encantador que los sencillos comentarios del misántropo sobre la salud de sus violetas, el aroma de sus jazmines y la ambición de sus plantas trepadoras.

En el Palacio de las Flores se explicarán los indiferentes muchas aberraciones que antes no comprendían. Se ha dicho que Madeleine Lemaire no tiene talento, «porque se limita á pintar flores». Y es un error lastimoso; porque la incomparable artista ha hecho más que copiarlas: las ha sorprendido en su espíritu y ha exteriorizado el alma que dormía en ellas.

No es posible creer que todos los que entran al Palacio de las Flores comprenden el encanto de esos plantíos de joyas naturales; pero es innegable que la mayoría experimenta una sensación de frescura al descansar los ojos sobre ellos. Es una admiración, en la que coinciden inevitablemente los espíritus más toscos y los más refinados. El obrero de manos callosas, que arrastra un paso rudo, y la parisiense frágil que se desliza en un crugir de sedas, se detienen con el mismo arrobamiento ante los tallos florecidos: él, porque sorprende un con-

traste con su persona; ella, porque encuentra una analogía.

El Palacio de las Flores es el gran oasis de la Exposición, con sus alfombras de jacintos y de violetas, de rosas blancas y pensamientos azules. Después de un día pasado entre las máquinas, ó en la Exposición de artillería, es un placer y un descanso venir á respirar vida en esa maravillosa caverna de los perfumes, que es el punto de cita de esas otras flores de la creación, que son las mujeres y los niños.

(Crónicas del bulevar)

El Dinero y la Idea

Agosto 26 de 19**

Una revista francesa acaba de suspender su publicación porque las ideas de los editores no coincidían con las del Director. Y ese detalle insignificante de una jornada, pone de manifiesto el antagonismo entre dos energías: el dinero y la idea. Aquel exige casi siempre, como condición para que ésta pueda manifestarse, que se ponga á su servicio. La utiliza como una palanca para defender y consolidar su hegemonía, pero así que la Idea se niega á continuar su papel de guardián y pretende hacer vida libre de investigación y de análisis, el Dinero inventa cuanto puede para sofocarla.

Y como el Dinero ocupa todos los puntos estratégicos de la vida, la Idea se ve obligada á someterse ó á enmudecer. Es una lucha que ha retardado en varios siglos la inevitable evolución del hombre.

En tiempo de la monarquía ó la teocracia, la existencia del pensamiento se hacía imposible. Solo se podía pensar y decir lo que convenía al príncipe ó al obispo. Los cerebros, como el pie de ciertos orientales, estaban deformados bajo un corsé de prohibiciones. Después vino la filosofía y la tolerancia... El mundo se trasformó completamente. Todas las libertades se consagraron en teoría. Pero la Idea no hizo más que cambiar de cadena. Para manifestarse por escrito, tuvo que recurrir al editor, al gerente de periódico, al empresario de teatro, que solo consienten — con honrosas excepciones — en ponerla en circulación cuando se limita á repetir lo que estamos acostumbrados á escuchar diariamente.

Pero todo pensamiento avanzado, toda doctrina original, toda forma literaria nueva, están condenadas al silencio. Retenidos por el miedo ó por la rutina, los vulgarizadores indicados le cierran implacablemente las puertas. De ahí que la libertad del pensamiento sea hoy una de tantas libertades teóricas, que el código acuerda pero que las circunstancias dificultan. Cómo creer en la independendencia de una fuerza que, para manifestarse, tiene que solicitar el auxilio de otra? El Dinero niega

ó concede su protección. Y todo su esfuerzo tiende á domesticar la Idea, sustituyendo á sus ímpetus ingenuos, un ancho uniforme gris de mediocridad resignada.

Naturalmente, la nueva tiranía caerá, como todas las tiranías. Pero ciertas formas y costumbres están atornilladas de tal modo, que sólo irán desapareciendo por desgaste. Difícil será que pase el hombre sin transición del encerramiento actual á los grandes horizontes que se le ofrecen. Y durante muchos años asistiremos aún á ese duelo formidable entre dos colosos: el Dinero y la Idea, Diógenes y Crespo.

(La novela de las horas y de los días)

Bajo la llovizna

Una vieja amarilla y andrajosa, coronada de cabellos grises; un hombre macilento, enfermo y sucio, vestido de miseria; y un perro enflaquecido por las vigiliass, arrastran un carretón cargado de desperdicios. El hombre se encorva, ensayando pasos penosos, con los brazos tendidos en un arranque para atraer las varas; la mujer empuja desde atrás, con sus manos manchadas de lodo; y el perro, jadeante, con la lengua afuera, ayuda también, tirando de una cuerda atada al collar.

Tres esqueletos bajo la llovizna.

Las calles, húmedas y angostas, pasan

ante ellos con la doble hilera de almacenes bañados de luz y las aceras estrechas, donde se entrechocan las gentes bajo un techo de paraguas abiertos. Se hallan desterrados en la propia ciudad natal.

Al llegar á una calle oscura, se detienen.

El hombre hurga en el carretón y después de sacar algunos huesos y mendrugos, liberta al perro. Los tres se sientan en corro al borde de la acera, resignados á despistar el hambre. Al cabo de algunos minutos se levantan, se uncen otra vez el yugo y echan á andar de nuevo hacia los barrios donde anida la miseria. Van á vender alimento á otros más desgraciados todavía. Y esa carretada de mondaduras repugnantes, es el festín futuro de la ciudad de las lágrimas.

(Paisajes parisienses)



GLOSARIO

- Beguinage*, convento de *beguines* ó religiosos de Bruges, en Bélgica.
- chauvinisme*, fidelidad exagerada á un principio (al patriótico sobre todo).
- élite*, grupo selecto.
- emasculado*, castrado.
- E pur si muove*, «Y sin embargo se mueve», palabras del célebre astrónomo italiano Galileo, después de verse obligado por la Iglesia á abjurar de sus errores (el movimiento de la tierra).
- facón*, el cuchillo del gaucho.
- flirt*, jaleo; *flirtear*, jalar, cortejar.
- montaña*, partido político revolucionario y amigo de los intereses del pueblo.
- moujik*, campesino ruso.
- pionéer*, el que va á la vanguardia, abriendo el camino á los de la retaguardia.
- placier*, agente de casas comerciales.
- Proteo*, divinidad marina que poseía la facultad maravillosa de trasfigurarse en mil formas diversas.
- rapin*, principiante en pintura.
- silente*, silencioso.
- trust*, compañía industrial y monopolizadora.
- usina*, fundición, fábrica.

Editor: — J. GARCÍA MONJE